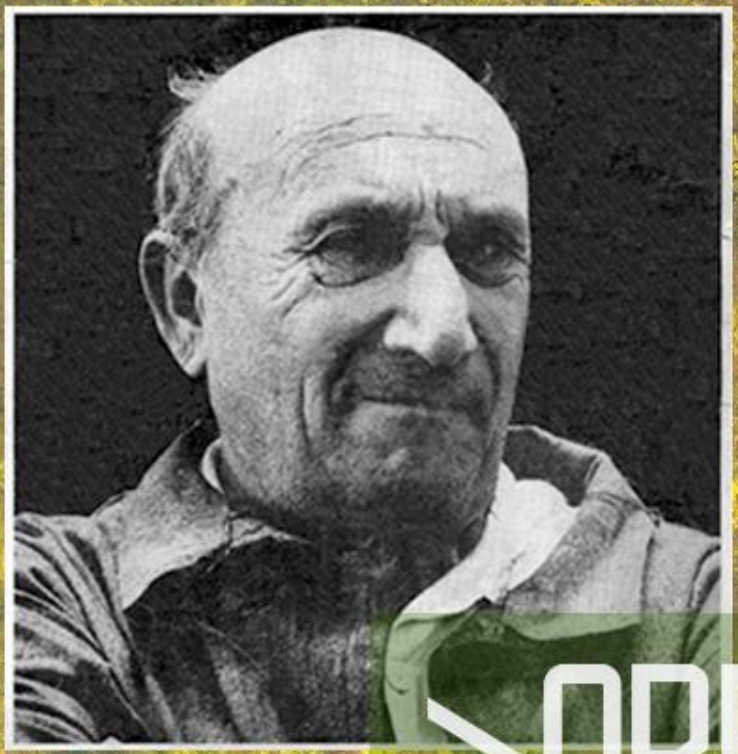
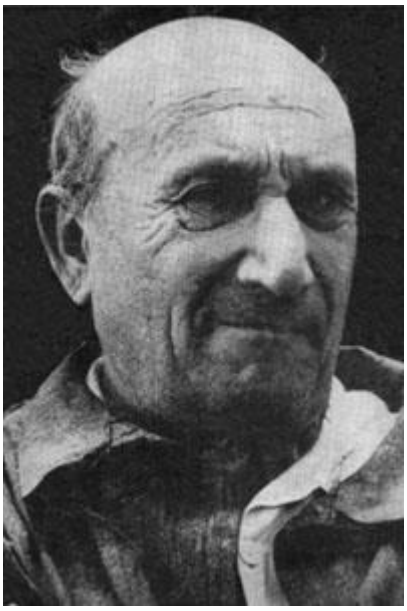


# >OBRA POÉTICA

# Jacobo Fijman

DICHOSO EL ARBOL



JACOBO FIJMAN (Besarabia, 25 de enero de 1898 – Buenos Aires, 1 de diciembre de 1970) fue un poeta judeoargentino. Nace en Besarabia, en la actual Rumania, el 25 de enero de 1898. A principios del nuevo siglo emigra con sus padres a la Argentina donde se instalan en la provincia de Río Negro.

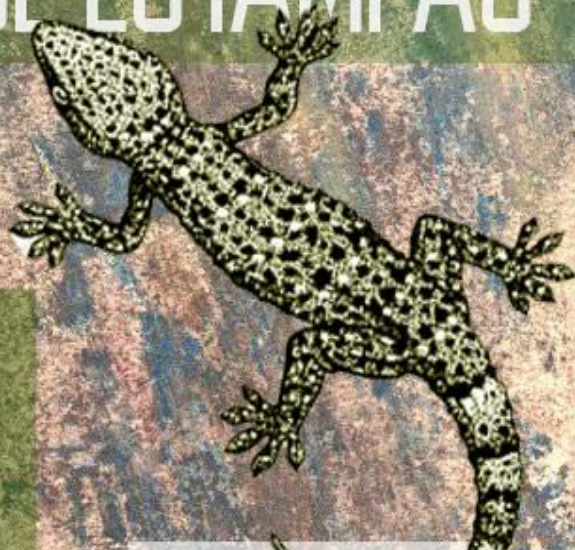
Pese a ser uno de los escritores más distinguidos de toda la vanguardia argentina, sus creaciones han intentado silenciarse de diversas formas. La obra de Fijman puede dividirse en dos partes bien definidas y a lo largo de ella puede notarse una evolución clara; pasando de un registro de vanguardia hasta alcanzar una poesía con marcados rasgos místicos. El propio poeta vivió un cambio espiritual que lo llevó del descreimiento absoluto a la creencia cristiana.

En 1917, luego de una residencia en la localidad de Lobos donde cursa sus estudios primarios, se traslada a Buenos Aires e ingresa en el profesorado de Lenguas Vivas y obtiene el título de profesor de francés. En 1921 ocurre la primera de sus internaciones en el Hospicio de las Mercedes. En esa época forma parte de la vanguardia literaria del grupo Martín Fierro, donde se vincula con Jorge Luis Borges y Oliverio Girondo. En 1926 publica su primer obra, el libro de poemas Molino Rojo. Ese mismo año viaja a París. Hacia 1930 se produce su conversión al catolicismo y publica su segundo libro: Hecho de Estampas. En 1931 aparece Estrella de la mañana, tercera y última obra de su producción. A lo largo de esa década viaja por el país ejerciendo oficios diversos, entre ellos el de violinista ambulante. En 1942 es internado nuevamente y definitivamente en el Hospicio de las Mercedes, con diagnóstico de psicosis distímica. Muere en 1970 en el hospital Borda.

Las ilustraciones, dibujos a lápiz, y pasteles,  son obras de Jacobo Fijman

DICHOSO EL ARBOL

# > MOLINO ROJO
# > HECHO DE ESTAMPAS



# Jacobo Fijman

DICHOSO EL ARBOL

Jacobo Fijman

# OBRA POÉTICA 1:

# MOLINO ROJO. HECHO DE ESTAMPAS

# VISIONES DE FIJMAN

«Demencia —comienza "Canto del Cisne"—: el camino más alto y más desierto». Son los primeros versos de *Molino Rojo*, el primer libro de Jacobo Fijman, pero este cisne se parece más al de Baudelaire imprecando al cielo (o al Albatros entre los muros del hospicio), que al de Rubén Darío que ya está muerto. Y no hay a quién llamar en este desierto donde se cambiaron las burlas por los electro-shocks y las quemaduras en el pico por unas groseras manos en el cuello. Sin embargo, primera paradoja, este canto que, se dice, remeda metafóricamente al ocaso del «genio» es el inicio de una de las obras más singulares de la poesía argentina.

Singularidad que radica no sólo en la materia de sus imágenes, en la potencia de su poesía naturalmente sobrenatural, o en el destino de soledad que la enhebra con los giros dolorosos de su propia vida sino, y sobre todo, en la autenticidad que ese camino —el más alto— implicó para él mismo. Fijman es uno de aquellos horribles trabajadores que anunciaba Rimbaud, que llegan hasta regiones desconocidas para mostrarnos algo oculto, desapercibido, aunque sea una alucinada verdad. Y esta es la segunda paradoja: que la poesía, guiada incluso por la locura, y a pesar de ella, de su costo irremediable y de su padecimiento, puede acercarnos un poco más de realidad.

No hay ningún equívoco en esto: Fijman es poeta *a pesar* de la locura y *Molino Rojo* —el antecedente natural, casi secreto, del surrealismo argentino— es el libro de ese vértigo; punto de encuentro de todas las visiones, del sarcasmo al que ha sido sometido por azar biológico, del horror de la noche encendida por lo absurdo, de la angustia de las apariencias que entornan lo real con sus máscaras desafinadas y grotescas. Frases fragmentadas, estados palabras en un ritmo giratorio, roto por lo visual —hasta los oídos están perforados de imágenes—, por una sensibilidad exasperada que encuentra naturalmente en la sinestesia la conciencia *pánica*, es decir, no sólo el ánimo de lo inanimado, sino las correspondencias, la fusión de los sentidos en el brote descarnado del mundo.

Éste es el *sub-cristal* («Brilla el cristal de mi locura»), esa mirada desellada, sin párpados, que no puede dejar de ver —percepción pura—, que no puede dejar de oír, que no puede dejar de padecer su destino. Y esto es, pronto se lo comprende, también el *sub-drama*, la tragedia personal por debajo de la gran

tragedia del mundo, de la humanidad expuesta a un dolor sin remedio, a una locura de la realidad que parece llover «sin latitud» desde un «silencio eterno».

¿Podemos acaso llamar a esto irrealidad? Sí, si por realidad entendemos sólo el aspecto de las cosas que nos tranquilizan dentro de los campos o estructuras «normales», acotadas y socialmente aceptadas. Fijman, el poeta, lo sabe con una claridad que difícilmente podemos identificar con delirios psicóticos; en todo caso, lo comprende de una forma tan radical en sí mismo —«El Otro», «Cena», «Velada», por ejemplo, son poemas tan lúcidos— que es necesario dudar de los diagnósticos clínicos y otorgarle a él el valor de lo que dice acerca de su sufrimiento y de lo que su mirada muestra sobre nuestra realidad.

Ahora bien, una realidad así —la de la desolación, la angustia, el pavor encarnado— debe ser transformada, y esta premisa es la que entrelíneas nos hace descubrir lo que en su vida Fijman ha de resolver con un gesto fundamental e irreversible —podría agregar incomprensible para muchos de nosotros— después de una nueva crisis personal: su *conversión* al catolicismo. Resulta que el bautismo lava al espíritu, cura a partir de la creencia en la posibilidad de un cambio, promete mediante la fe, algo como una salvación, un consuelo y una responsabilidad indisociable de la entrega del alma, ya que convertirse significa, sobre todo, aceptar y ser ese crucificado que, en su sacrificio, redime al mundo.

Esto será claramente comprendido en *Estrella de la Mañana*, el último libro por él publicado, en tanto que *Hecho de Estampas* —editado en esta época— aparece no sólo como el velado reflejo del giro que se ha operado en su vida sino como la prosecución del camino, solitario, que lleva a Jacobo Fijman desde la visión a la misión. Desde la perspectiva que nos dan los años transcurridos, la larga dedicatoria a sus viejos compañeros martinfierristas con la que se abre esta obra suena más a una despedida que a un homenaje.

Se podría decir que *Hecho de Estampas* es una temporada en el purgatorio o el tiempo de la «adolescencia en Dios». Estación de la espera, donde la «noche obscura» sigue encerrada en los pasos pero en la que, a la vez, siente «venir el fresco gusto del alumbrar»; libro de cruce y de pasaje entre la vida eterna, prometida en la muerte, y la vida —prometida de la muerte— que deja atrás. Catorce estampas que, en un claroscuro bello y triste, como de sueño o de pintura religiosa, muestran el rastro de una nueva Pasión («Yo me veo colgado como un cristo amarillo sobre los vidrios pálidos del mundo» o «Dios pesa»), catorce cuadros de una exposición a la luz del dolor y la fe. Caer, cavar, bajar son los verbos que se suspenden en esta muerte. Sin embargo, ésta es ante todo un estado

de vigilia, de espera, de ad-venimiento: la zona en que toman forma los símbolos de una esperanza recién nacida: «una escondida estrella arrima su sosiego».

CARLOS RICCARDO

# MOLINO ROJO

## *CANTO DEL CISNE*

Demencia:

el camino más alto y más desierto.

Oficios de las máscaras absurdas; pero tan humanas.

Roncan los extravíos;

tosen las muecas

y descargan sus golpes

afónicas lamentaciones.

Semblantes inflamados;

dilatación vidriosa de los ojos

en el camino más alto y más desierto.

Se erizan los cabellos del espanto.

La mucha luz alaba su inocencia.

El patio del hospicio es como un banco

a lo largo del muro

Cuerdas de los silencios más eternos.

Me hago la señal de la cruz a pesar de ser judío.

¿A quién llamar?

¿A quién llamar desde el camino

tan alto y tan desierto?

Se acerca Dios en pilchas de loquero,

y ahorca mi gañote

con sus enormes manos sarmentosas;

y mi canto se enrosca en el desierto.

¡Piedad!

## *ALDEA*

Mi blanca soledad

—aldea abandonada.

Revuelo de perezas

sobre la torre de un anhelo

que tañe sus horizontes.

Pintadas negras de la desolación.

Yunques abandonados y puentes solariegos.

Se ha sentado el dolor como un cacique

en el banquillo de mi corazón.

Las lluvias estancadas de mis sueños

se han cubierto de musgo.

En el horno apagado del silencio

mis frutos maduraron

estérilmente.

Perdí mi itinerario en el desierto.

¡Hospedería triste de mi vida

en donde sólo se aposentó el azar!

En una pradería de cansancios

balan estrellas mis ovejas grises.

Lugarón sin destino;

las calles andariegas

beatas de mi ser

son manos

contemplativas

que van perdiendo soles…

## *BARRIO*

Barrio apartado;

bandada de colores

de las ventanas de las casas.

Silencio cruzado de brazos

ante la luna.

Sobre los árboles

embalsamados de cordialidad,

aromadas de estrellas

se trepan las callejas.

¡Dulzura!

Nada interroga.

Se está y no se está en sí mismo

muy limpio y ancho.

Y todo es tan lejano y puro

que una nueva inocencia nos consuela!

¿He salido a buscar

juguetes

para los niños?

Barrio apartado:

paisaje de estampas y de estrellas.

## *VÍSPERAS*

Toque de vísperas de fiestas.

Presentimientos.

Mi corazón es blanco de ternura.

¡Solemnidad!

Hablamos en voz baja.

Un árbol canta como un niño

piadoso

todo blanco de estrellas.

Mi corazón es blanco de ternura.

## *MAÑANA DE SOL*

Tañía el sol sus llamas

en los cántaros húmedos del viento

de rocío y paisaje

que alargaba el elástico sendero.

Desentumecimientos.

Carnes del trigo;

espigas en mis manos.

Jadean los aromas;

temblequea cual besos los caminos.

Silencios verdes de los bosques rojos

apretados de gozo y alegría.

¡Enloquece en mis ojos la mañana!

## *OCASOS*

Ocasos turbios de violeta.

Reliquias. Devociones.

Caras amortiguadas.

Nostalgias

descoloridas.

¡El mar se acoge en mis matices;

cierra su boca atardecida y fría!

El timbre de mis ojos

esparce intimidad.

Mi piedad de rodillas

se arroba en los suspiros del ocaso

(palomas de violeta)

¡Mis manos palpan el color de misa!

## *CREPÚSCULO*

Ponderan los ocasos gustos violetas.

Un árbol negro, un árbol blanco, un árbol verde

cuelgan sus blusas

en la inmovilidad.

Ha cerrado sus párpados el viento.

Luces deshechas;

pétalos estrujados

en superposiciones.

Ponderan los ocasos gustos violetas.

## *CIUDAD SANTA*

Tres gritos me clavaron sus puñales.

Paisaje de tres gritos

largos de asombro.

¡Bromearon los sudarios del misterio!

Fuga de embotamientos;

suspiros

en la niebla inmovilizada.

Cipreses.

Bronce de los terrores

informes, fragmentados.

Mueren caminos

y se levantan puentes.

Un árbol se transforma

cerrando sus pupilas.

Caen medrosamente las palomas

angélicas del sueño

en las uñas heladas del espanto.

Un infinito horror

manaba en mis entrañas

en un himno de muerte.

## *TOQUE DE REBATO*

Agua de trinos

manó de las gargantas estelares;

nos lavaba la angustia

el silencio concéntrico de los cielos lejanos.

En un andar de media-luz volvían los caminos

y un gran bosque de aromas

tañía en las campanas de la aurora

un himno de la vida.

## *CÓPULA*

¡Nos unió la mañana con sus risas!

En las rondas del sol

canciones de naranjas.

Danzas de nuestros cuerpos

desnudos —rojo y bronce.

El olor de la luz era sagrado:

música de horizontes,

espacio de paisajes

rojo y bronce

ruido de melodías,

himno de soles,

eternidad

y abismo de la dicha

en la alegría loca de los vientos.

Canciones de naranjos

en la piedad de los caminos.

¡Todas las aguas del silencio

rompimos en la danza!

Dicha de los abrazos y los besos;

toda la gloria de la vida

en nuestros pechos

jadeantes y ligeros;

nuestros cuerpos: auroras y ponientes

en la alegría loca de los vientos.

¡El corazón del mundo en nuestra boca!

## *VELADA*

Rumor de carreteras aflautadas

en los alientos turbios de las miradas grises.

Portazos;

temblor de las vidrieras; cóleras destempladas.

Aúlla el frío blanco;

el suelo se ha caído de mis manos.

Crucifijos en somnolencia.

Marcha de retrocesos.

¿Qué ruedas empujamos?

Acordeones desafinados

de mi sabrosa angustia.

Aúlla el frío blanco

cual los gritos helados de un espejo.

Silencios enjugados en la nada;

marchas muy bien envueltas, casi fijas.

Almohadas que lloran desesperadamente;

júbilos disonantes

de huellas desgarradas;

pasos atrás, deshechos

en la inconciencia.

Mi corazón es una estrella en sorna;

canción de mis fogatas.

Almohadas burlescas que sollozan

desesperadamente.

Aúlla el frío blanco

cual los gritos helados de un espejo.

## *TARDE VIOLETA*

Cae de bruces un silencio frío

en el ocio violeta de la tarde.

¡Perplejas añoranzas!

Se tuercen las paredes de mi estancia.

Ronronean las luces como gatos.

El caserío soñoliento

engrisa las campanas.

El viento tiene los pies desnudos.

Se ensordece la tarde

arrastrándose, lentamente.

¡Perplejas añoranzas!

De reojo me miran los sarcasmos.

## *EL VIAJERO AMARGADO*

Gris andurrial de la mañana.

El mar descorcha sus botellas

de vinos espumosos.

Bailan como muñecos

mis anhelos, oreados por los vientos;

y vanse a pique sollozando,

con las manos abiertas, distendidas.

El mar embriaga mis sarcasmos

—aguja de relojes negros,

trasnochadores;

conciencia amarga de la vida.

Hastío.

Zozobras.

Gargantas temblorosas.

De día en día

preparo mis maletas;

cambio los aires y las horas!

Las grises estaciones me han dejado

el silencio de sus faroles

enfermos, de velorios;

y los puertos sus guinches y sus barcos

afiebrados de esclavos y bocinas.

Se alargan las agujas de los relojes negros.

Sarcasmos.

Bailan mis muñecos, oreados por los vientos

en el gris andurrial de la mañana.

## *MORTAJA*

Por dentro;

atrás el rostro.

¡El pasado aniquila!

¡Es en vano que encuentre una herradura

en el estanque turbio de mi imaginación!

El árbol ha cubierto de palomas

mi soledad; pero es en vano.

Desnudo

siempre estoy como una llanura.

Para buscar un cerro

miro las multitudes.

Estoy siempre desnudo y blanco;

Lázaro vestido de novio;

una mortaja viva

entre el ayer eterno

y el eterno mañana;

una mortaja viva

que llora en mi garganta.

## *MÁSCARAS*

Sangró mi corazón como una estrella

crucificada.

Dolor;

del sándalo purísimo del sueño

trabajaron la balsa de mi vida.

Amor

hízome calles de esperanza

que oprimieron tus manos de alegría.

Sus máscaras de aromas pusiéronme los astros

en las músicas negras que miran lentamente

mi soledad de túnel olvidado.

Y todavía el muelle

de mi ser bosteza;

yerra mi angustia

dando vueltas y medias-vueltas

como barricas.

Hasta que al fin, se romperá algún día

mi corazón, como un ladrillo.

¡Sus máscaras de aromas me prenderán los astros!

## *HAMBRE*

Vigilancia nocturna de arboledas

constantes

en una interminable perspectiva

rasada de canciones

desmesuradas.

Se engancha hondamente a mi ternura

la sangre de los astros;

se llenan mis bodegas con el vino

de la expansión;

se cubren mis graneros con los granos

de Dios.

Es muy ancho el sombrero de la noche

puesto sobre el paisaje.

Hacen alegre ruedo

taifa de vientos peleadores

de dientes amarillos.

Perpetuo insomnio

mis pasos olfatean

como perros

un lobo imaginario

guardando los apriscos.

Cenas del hambre.

Recogimiento bufonesco

salado de idiotismo:

voz de falsete

en francachela corpulenta.

## *RÉQUIEM*

Olores de amarillo.

Aliso de silencios

cual colgaduras tiesas

en la flor negra de mi estancia.

Sonrisa azul y blanca.

Gritos desesperados de los trenes

que doblan imprevistos horizontes

de lluvias y de fríos.

Otoño

—taburete desolado;

tabaquera de días rubios,

lánguidos y descalzos

y oscuras tardes de Rosario.

Un rebullir de sillas me despierta;

sabor de infancia; olores de amarillo.

## *SUB-CRISTAL*

Zarpas monótonas

amarillentas de las horas

de Otoño,

en las cifras muy lentas de mi hastío.

Tonalidades;

respuestas y llamadas de motivos

en una discordancia de apariencias.

Brilla el cristal de mi locura.

Efervescencias bruscas;

ojos endemoniados de un molino

junto al enorme zueco

de una carreta que relincha.

Cascan mis dientes piedras de blasfemia.

## *EL «OTRO»*

Tarde de invierno.

Se desperezan mis angustias

como los gatos;

se despiertan, se acuestan;

abren sus ojos turbios

y grises;

abren sus dedos finos

de humedad y silencios detallados.

Bien dormía mi ser como los niños,

y encendieron sus velas los absurdos!

Ahora el Otro está despierto;

se pasea a lo largo de mi gris corredor,

y suspira en mis agujeros,

y toca en mis paredes viejas

un sucio desaliento frío.

¡La esperanza juega a las cartas

con los absurdos!

Terminan la partida

tirándose pantuflas.

Es muy larga la noche del corazón.

## *FERIA*

Organillos de misa; hacinamientos;

sacos de gritos de la mañana.

En lentitud confusa

sorda algazara de las obsesiones.

¡Las máscaras estúpidas

de los atormentados!

Rasguños en el quicio de la puerta

por la luz más intensa.

Bosque de soledades.

¡Esta es la pausa

más nueva de mi vida!

Mantas de fuego

sobre los agrios soplos

de mi locura.

Feria maligna de rostros tostados;

un estanque de tiempos.

¡Máscaras en la luz más Intensa y más sorda!

Agrios soplos de la locura.

## *VÍSPERAS DE ANGUSTIA*

Atmósferas de marasmo despedazan mis ademanes.

Pasos furtivos

en los malditos huecos de mi ser;

desolaciones alteradas.

Azar; ideas fijas.

Revolotear de músicas celestes.

¿Vísperas de una nueva angustia?

Sospechas.

Soy de los que no vuelven, hermanos míos.

Atmósferas de marasmo en tomo

del más fragante pino.

Amor, alégrame el camino.

¡Los fuegos fatuos!

¡Quebrantaré la vida por mi vida

por el imposible contacto de la eternidad!

Pasos furtivos

en el hueco de mi ser;

yo soy el prometido, el anunciado.

Revolotear de músicas celestes.

## *MOLINO*

Los molinos de imágenes; caminos sin puntos de vista.

Ahora vivo detrás de mí mismo.

Ventanas sobre los astros.

¿Duermen los pastores?

Semblantes contraídos en cera derretida

sobre los muros.

Fogatas.

En pasos de alta voz riñe un humor de perros.

¡Aquí no hay un solo corazón alegre!

Leña húmeda de los crepúsculos eternos.

El dolor es un agua que no se pierde;

pero nosotros nos hemos perdido

como en un gran tonel

de contratiempos sordos, fijos, duros.

Rincones que se enfrían

como un cadáver, en la estancia.

Aurora

en que escupe la rabia más absurda.

Se ha torcido el puente, como una mueca.

Alcohol; salarlo de estrellas.

Murmuradores a granel.

Silencio entorpecido;

Ah, si ladrara un perro.

Se encaminan las quejas de los Nadie.

¿Duermen los pastores?

Señales; imágenes y muros.

Ruidos de establo;

y se abren más ventanas, pero blancas.

Inopinadamente…

## *ALEGRÍA*

Agua de sol,

cencerros de horizontes

enlazaban la intensidad

armónica

de nuestros cuerpos

claros y vigorosos,

en plenitud de luces infinitas.

Sones de llamas

en el aire rosado;

jadear de bosques y expansión de mares.

¡La danza de la tierra!

¡La sinfonización del universo!

Y repicaban los paisajes;

agua de sol,

cencerros de horizontes.

¡La alegría del mundo

en el pecho redondo de la tarde!

## *DESPERTAR*

Revuelo de silencios aromados.

Estrellas-pájaros de fuego

dichosos de infinito.

Música de las nieblas y risas de las selvas.

Se enardecen de llamas y de gritos

los desiertos.

¡Locos de eternidad

los pies del viento danzan en el mundo!

## *SUB-DRAMA*

Desolaciones.

Altos silencios

que balancean sus cabezas truncas

esencialmente.

Han caído mis esperanzas

como palomas muertas.

Desbandes.

El canto de mí mismo se alucina.

Cristales rotos.

Murga carnavalesca.

¡Las risas rojas!

Cifras desafinadas y arbitrarias;

¡El dolor más eterno!

Me trasvasa el espanto sus caminos.

Pavor de candelabros;

Romance de agonía.

¿Quién soy?

Ha perdido su espacio

completamente el universo.

Se cierran las estrellas en mis ojos.

Nadie y nada.

Terribles apariencias

aplastan el cristal de sus sarcasmos.

Pasa un convoy de brujas caprichosas;

cuelgan mis extensiones deformadas.

Mi corazón es una isla roja

en que destacan sus banderas negras

los días de mi anhelo.

Las miradas ardientes de mis ojos,

¿En qué se apoyarán mañana?

Canciones de mi ser,

hemisferios de dicha,

volúmenes de aromas

¿En qué tambor de soles

se agitarán mañana?

Orientes y Occidentes.

Se quebrarán mis ejes.

Lo sé.

¡Llueve sin latitud el dolor más eterno!

Han caído mis esperanzas

como palomas muertas.

Pavor de candelabros; romance de agonía.

## *ANTIGÜEDAD*

Oh los gozos profundos, los inviolados gozos,

Agua de soledad

Que guardan los caminos!

Alma, corazón,

Danza en los anillos

Del día que llega.

Danza en sus huertos.

Goza de sus vinos.

Las albas nuevas

Rompiendo límites mojan la Nada;

Cantan los puentes en el universo.

En las albas más nuevas humedezco mis ojos;

¡En los soles más nuevos humedezco mi boca!

Suenan los vientos

Las zarabandas

De sus tambores

Asperos, fuertes,

Libres, salvajes

Y puros.

El alma del mundo es como un pájaro herido

Que sangra en el amar.

Antigüedad del mundo,

desolación del mundo;

¡Danza en mi corazón la más roja lujuria,

La más roja alegría,

La más roja esperanza!

¡Danza las danzas

Más sueltas y alocadas!

Sálvate, mundo mío,

Desatando infinitos.

Apaga tus fríos

Y enciende tus arenas

En la primavera

Y en el sol.

Pon en mi soledad los pies ligeros

De tus dichas.

Gira tus estaciones

Sobre las nuevas eras.

Iniciadas en angustias, en dolor y en espanto

Abro mis manos rojas de semillas.

¡Puedo ser un gran sueño; puedo ser el gran sueño de una raza!

Oh música sagrada: sobre los nuevos puentes

Danza tus retornos.

## *GABÁN*

Soy una alforja

de lluvias.

Mi corazón regó en las primaveras

sementeras de espacio;

por ello mi cabeza

es una gorra remendada y parda

(genialidad)

o, un gabán roído,

pues he amado.

El pienso de mis días

desparramé en las sendas;

rompí todas las tejas

de los pesebres

humanos.

De mal en peor

tildaron mi locura;

merma mi audacia,

enflaquecen mis manos dadivosas

como las mulas viejas.

¡El gabán de mi ser se va pudriendo!

## *LA EGLOGA PROFANA*

Una granja soleada. Labriegos y cantos.

Las callejas,

banderizadas de chicuelos reidores,

se enloquecen y disparan

del mercado a la taberna;

de una esquina a otra esquina.

Se prolongan y se agachan.

Danzan

hasta el medio día;

luego abren sus bocas,

se tragan el sol;

y estiran sus brazos

tatuados de cosas

y se duermen dulcemente.

## *LA ALDEHUELA DE VUELTA Y MEDIA*

El blusón descolorido

del gran viento

aligera a las campanas

del convento de sus pájaros de bronce,

que se desgañitan en un débil llanto.

Toses desesperadas

y gritos arqueados en las chimeneas.

¡Está la aldehuela de vuelta y media!

(Puede que el heno se pierda

sacando la lengua de sus chirigotas

a los pobrecitos labriegos).

Gimen los mesones

un Dios mío.

## *PARAGUAYA*

Por las arenas rojas

se arrastraba tu olor a monte

como una sombra verde.

Se anaranjaba el bronce enloquecido

de tu cuerpo ágil

en las manos del sol.

Reíamos de gozo.

Mordí tu piel más lisa que los vientos.

Tus ojos

desparramaron las semillas

negras de tus miradas.

Todos los trópicos

se hicieron jugos en tu boca.

¡Los cantos de las selvas guardáronse en tus formas!

## *CENA*

Cenas de mi soledad en hosco abatimiento;

eterna como Dios, profunda de universo,

¡He sido el más ausente: el juntador de formas!

Cenas de mi soledad…

El sudario más frío es uno mismo.

¡Buscar y qué buscar!

¿Encrucijadas puras donde zapatean los truenos

en un constante mediodía?

Cenas de mi soledad en hosco abatimiento.

Pan y sal. Lamentos.

Piernas que saltan; salidas del cortejo;

vacilación de luz que viene abajo.

¡Extremaunción de un armonioso herrero!

Ir; pero no ir nunca;

en algodón de olvido sumir todos mis días.

Anuncios que se deslizan;

canción de gallos en la mañana azul de mi esperanza

continuación de tiempos fundamentados en dolor.

Fui un desaparecido, el más ausente:

el juntador de formas.

Amanecer desentonado…

## *MEDIODÍA*

El sol

hace un motín sangriento.

Paisaje apisonado.

Luces malavenidas.

Paladeos chispeantes del arroyo.

Tierras blandas de lluvias perfumadas

en que cavan las luces como perros.

Sosiego de mediodía.

Guía de carreteras bifurcadas.

Surcos. Plantíos.

Distancias.

Todas las heredades interrumpidas,

como en un paradero

definitivo.

Se enclavan en el sosiego los blancos, verdes, malvas,

del suave caserío.

Distiéndese el paisaje

martirizado de luz.

Una horda de árboles dispara

sus flechas de bramidos

contra el sol-agujero

concluso,

desolación iluminada.

Perspectivas insospechadas

que lame el horizonte sensualmente.

El silencio le ha puesto al viento

un candado de horas.

Bocas temblonas

del río.

Señorea la luz del mediodía.

## *PAN NEGRO*

Dedos sarmentosos,

helados y duros

del invierno!

La aldehuela

es como una rama seca.

Los mesones, las callejas,

padecen torpeza.

¡Mastican tan lentamente

las campanas!

Intimidad enfermiza

de los silencios.

Cuando llueve,

la aldehuela es un pan negro

mojado

¡Dedos sarmentosos,

helados y duros

del invierno!

## *PUENTES*

Ah, se han puesto las horas

como butacas viejas

en la madera negra de mi vida.

Se empereza el paisaje.

Arrulla mi intimidad.

Paredes grises.

Repique de las sombras anunciando los astros.

Caminos del invierno

¿Quién sube por mis escalones?

Un toque matinal y fresco

deshoja sus auroras.

Viajero,

hay puentes todavía por los caminos.

## *PUERTO*

Amanecer de invierno.

Un puerto.

Ha roto su órbita un silbato

sobre los hombros de la bruma.

Lamentación del mar

y cobres de los horizontes.

Se contraen las torres silenciosas;

beben las calles gritos

en sus campanas.

En las piedras

quiere tallarse el viento.

## *VENTANA*

Muelle de invierno.

Pájaros retorcidos del alboroto.

Entre la niebla,

estertor de los puentes.

Las hélices de un barco remueven luz y brumas;

lloran los mástiles del viento.

Gozan olor de sol todas las lejanías,

caminos de miel

en que se pierden mis fatigas.

Alondras de mi pecho en la mañana

que llueve angustia.

¡No tienen árboles los muelles!

Se humedecen mis ojos y mis manos.

Y hay algo más que el ruido!

Una ventana

cerrada eternamente:

El silencio profundo sobre todos los puentes.

## *ALEGRÍA DE INVIERNO*

Las flautas de mi angustia en el paisaje

de las constelaciones.

Bosques de estrellas blancas sin canciones.

¡Alegría de invierno!

Mana silencio de mi pecho;

mi silencio tan viejo como el mundo.

¡Alegría de invierno!

A la costa del tiempo mis músicas se apagan como bujías.

## *LAS BLANCAS TORRES*

Júbilo musical del agua.

Permanezco anhelante.

Compases olvidados que retornan.

Júbilo musical del agua.

Suenan las blancas torres del invierno.

Pupilas anonadadas;

compases olvidados.

¡Aún guardan mis anhelos gritos de salvaje!

pero sólo mis medias noches

saben de estos pájaros de fuego.

Interrogatorios de mi ser;

cizaña de mis sementeras

y el recodo más negro del camino.

Interrogatorio de mi ser;

fosos que no blanquea ni la aurora.

¿A las anchas de qué

amor encenderé mi vida?

Suenan las blancas torres del invierno.

## *PÁJAROS DE INVIERNO*

En los fines sordos

de mi angustia,

la gracia del día

enturbia sus linos.

Zapatea la arboleda

helados espantos

de música descocida.

Se quema la luna

en el frío blanco

del invierno.

Campanario de horizontes;

esquilas de los misterios.

Desatan las soledades

sus pájaros de congojas;

y las estrellas agitan

el sudario de los vientos.

## *MADUREZ*

Soles ancianos;

madura el horizonte en los caminos.

Tu piedad es alondra en mis mañanas.

¡Hazme nuevo en los cantos de tu vida!

Mi sueño es un aroma

gris y ya viejo de sí mismo.

¡Ah, cómo son de tristes las madureces!

Mi soledad es pura,

como un desierto

lavado en las estrellas;

alta cual la montaña

en que resbalan mis espantos.

Todas las albas de la eternidad

dejáronme las huellas de sus anunciaciones;

pero mi sueño es gris y viejo.

¡Madura el horizonte en los caminos!

## *EL HOMBRE DEL MAR*

El hombre de los ojos

Atormentados,

Que ha mirado mil auroras del mar

Desde las grandes proas,

Tiene el secreto

De las neblinas, las compactas y húmedas neblinas;

Tiene el secreto de las claridades,

De las muy anchas, de las ilimitadas claridades

Que estallan como granizadas

Sobre los barcos clavados y desclavados

En los planos soleados de los días.

¡Los barcos que alzan sus ojos en la noche

Cual surcos conmovidos, ardientes y sedientos

De las semillas

De los cielos lejanos!

El hombre de los ojos

Atormentados,

Sabe todos estos secretos;

Y al estrechar mi mano con la cordialidad

De las almas supremas,

Me ha entregado el don de los horizontes;

Me ha iniciado en las expansiones;

Me ha libertado de los cuatro puntos cardinales,

Y del bien y del mal;

De mi ciencia de biblioteca,

De mis pequeños sueños de orangután civilizado.

¡Él, el hombre salvaje,

Me derramó su olor marino

Sobre mi olfato torpe que vive en las alcobas!

Él, el hombre salvaje me ha traído la música

De las islas bienaventuradas,

En su silencio abismal

Y en sus palabras pintorescas,

Alegres, puras,

De una elevada, de una cósmica simpatía!

Él, el hombre salvaje,

Que ha reído con las olas del mar;

Que ha llorado con las olas del mar;

Que ha sufrido el asombro y el espanto

Frente a las tempestades

Que hacen y deshacen los mundos

Y destrozan ciudades y amplían las hogueras

Con sus gritos tan rojos;

Él, el hombre salvaje

Me ha dejado oír los órganos profundos

De su alma golpeada por las visiones de la inmensidad;

Y este mi corazón se ha agitado en el sueño

Del universo;

Porque el alma y el corazón del hombre salvaje

Trae el múltiple canto del mar y de los astros

Y los abismos altos y los abismos bajos;

Las expansiones y las desolaciones

Prendidas a la rueda del universo.

Él, el hombre de los ojos

Atormentados,

Que ha mirado mil auroras del mar,

Me ha desclavado de las calles grises

De mis hábitos viles de hombre civilizado

Que nada tienen que hacer en mi destino

En mis pies, en mis manos

Ni en mis ojos hambrientos

De una proa, de un astro y de una aurora.

¡Ahora yo también soy un hombre salvaje!

# HECHO DE ESTAMPAS

*A Macedonio Fernández, Eduardo Mallea, Raúl Scalabrini Ortiz, Oliverio Girondo, José Planas y Casas, Adán Dhiel, Mario Pinto, Pompeyo Audivert, Raúl González Tuñón, Rafael Crespo, Alfredo González Carraño.*

## *POEMA I*

Caía mi sueño en la otra soledad de los canales.

Regocíjate, niño, la presencia graciosa de la muerte

reparte en sombras alternadas el olor de los ángeles

y levanta tus sordos desamparos.

Niño de paz,

han apagado las islas monótonas de los soles perfectos.

Niño de paz,

imito el mundo en un mi sueño ajeno a la claridad.

Un silencio de música se apacienta en las torres.

## *POEMA II*

Oíase a través de las olas subidas el grito de los puertos y las ciudades

y el frío de las campanas.

Los cielos mueven el puente de los días.

El frío se sumerge en las ramas.

Recogemos la sombra que cae de los pájaros.

Te has ido.

Enumero las albas bajo la espuma azul de la noche.

Corderos desfigurados reflejan en sus ojos las vueltas de las estrellas

y los viejos molinos.

## *POEMA III*

Está mi risa de niño

con la abuelita ciega de la noche obscura.

Resuenan mis botas groseras de campesino

en la ternura de los caballos,

y he ido.

Al son de ríos lúcidos y puros

Tiemblan las curvas de los pozos como las dulces patas de los corderos.

Encerrada en mis pasos sigue la noche obscura.

## *POEMA IV*

Extiendo mis brazos hacia el silencio descansado que inmortaliza la lejanía.

Caen océanos en las noches obscuras de nuestras adolescencias en Dios.

Herido en mi canto

por uniones de azar

toda mi carne mortal recoge la blanca limosna del misterio.

Siento venir el fresco gusto del alumbrar;

Siento venir entre olas de la desesperanza maduros imperios.

Agito los ramajes.

Danzo en la gracia de todas las familias de la tierra y el universo.

## *POEMA V*

Yo estaba muerto bajo los grandes soles, bajo los grandes soles fríos.

A través de mi llanto

oigo el agrio sudor de la precocidad.

Yo vuelvo sobre un musgo

y las ciudades crecen a la aventura hasta la noche del estupor.

Miseria.

Dios pesa.

Me llaman vientos de mar.

Van y vienen en grandes cambios; se alargan en saltos irritados

que apagan mi temblor, que exasperan los sueños.

Jamás podré seguir.

Yo me veo colgado como un cristo amarillo sobre los vidrios pálidos del mundo.

## *POEMA VI*

Ha caído mi vos, mi última voz, que aún guarda mi nombre.

Mi voz:

pequeña línea, pequeña canción que nos separa de las cosas.

Estamos lejos de mi voz y el mundo, vestidos de humedades blancas.

Estamos en el mundo y con los ojos en la noche.

Mi voz es fría y sucia como la piel de los

muertos.

## *POEMA VII*

Roe mi frente dura

el lobo de la media noche.

Una escondida estrella arrima su sosiego.

Entre todos los soles ya se me canta aceite de júbilos.

Siento en mis manos venir la luz entera de la mañana.

## *POEMA VIII*

Cavar, cavar los ojos enarenados como se ahuecan los cuellos largos de los pozos.

Cerrados en implacables soledades.

Excavo la bienaventuranza.

Cruzas llanuras

y acaecen palomas entre las manchas negras de las quejas.

Siento en mis ojos las anguilas fuera de sí de los silencios montañeses.

## *POEMA IX*

Yo duermo cerca de todas las vueltas del sueño.

Según mi carne grito en la sombra de la beatitud de los recién nacidos.

Encima del mismo tono llevo el contacto de los bosques lejanos

y asistencia de océanos.

## *POEMA X*

Reposan los sagrados pinos,

y mi voz arrollada en la tristeza de una luz rompida.

Paz, paz, sobre los días y las noches cansadas de recoger las voces falsas,

que el mar hace sonar las cáscaras de nuez de la maravilla,

y vuelvo a oír la guía de mi ánimo dentro de primicias celestes.

Huye la soledad.

Adiós, belleza.

## *POEMA XI*

Al pie de los aromas blancos recobro mis manos en plegaria.

Una vez había…

Los canales hastiados se ponen en camino lejos de nuestros ojos.

Para sí trazan el pavor los soles.

Apoyo mi rostro sobre la sombra siete veces obscura

y atravieso los diques ajustados que arrastran los vientos.

Rodaba mi acento de mar desgarrado sobre siete caminos de nieve.

## *POEMA XII*

Yo quería jugar.

Estaba el signo de mi naturaleza plena de llanto y protección severa.

Bajo a mi obscuridad, y avanzo entre mis brazos con una estrella niña.

Soplan olores de banderas frías

y resuenan tambores de infancia

en el mismo silencio, bajo la misma estrella.

Viene mi carne allende las transparencias.

Rodeo la luz fresca.

Ánimos de pavor yacen en mis profundas soledades:

No es el mismo silencio, no es la misma estrella.

Arranco vísperas de muros inclinados,

y más allá de todo se mueve el brillo opaco de la agonía.

## *POEMA XIII*

Más allá de las aguas grises bajan colinas.

Nadie vigila.

Sobre las noches descompuestas concentro mi afinación.

Todo lo nuestro llega; las ventanas amigas entran las lejanías,

pero ya no saldremos nunca de esta mañana opaca.

Avanza hacia nosotros las vueltas seguras de la muerte.

## *POEMA XIV*

Los muros están cubiertos de vísperas y estrellas blancas.

Las flautas hacen temblar a las flexibles viñas.

Oh, bodas, en tanta perfección de desnudez el gallo canta.

Aprieta mi adolescencia tus ojos negros.

## *CANCIÓN DE CUNA QUE NO HA AGRADADO A NADIE*

Van a cantar

por el nacer

de varón, de mujer;

van a cantar,

van a nacer.

Empiezan a cantar

empiezan a nacer

el varón, la mujer;

la voces del cantar,

las voces del nacer,

de varón, de mujer,

empiezan a cantar,

empiezan a nacer.

Van a cantar

el varón, la mujer,

van a cantar

por el nacer;

las cosas del nacer

van a cantar

por el varón, por la mujer,

van a cantar por el nacer.

Van a cantar:

la noche va a nacer.

Empiezan a cantar

el varón, la mujer,

la noche va a nacer.

Van a cantar

por el nacer

la noche del varón y la mujer.

Empiezan a cantar,

empiezan a nacer.

Van a cantar

por el nacer

el varón, la mujer.

Empiezan a cantar

amanecer…

# > ESTRELLA DE LA MAÑANA
# > POEMAS DISPERSOS

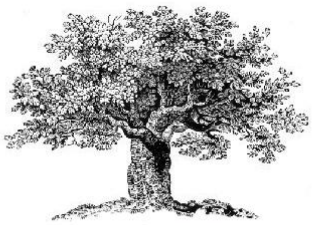
## Jacobo Fijman

DICHOSO EL ARBOL

**Jacobo Fijman**

**Obra poética 2:**

# Estrella de la mañana.
# Poemas dispersos



DICHOSO EL ARBOL

# VISIONES DE FIJMAN

*Estrella de la Mañana* —esta Estrella que según Fijman es la encarnación del Verbo— es tanto un punto de arribo como de comienzo, habla tanto de la muerte como de un renacer: estado de gracia que se alcanza sólo por un absoluto despojamiento, de la visión desolada, y de las palabras que hasta aquí lo sostenían en el mundo y en la vida: *Los ojos mueren en la visión desnuda de carne y de palabras*.

Los ojos son el vehículo esencial en la poesía de Jacobo Fijman. A través de ellos la obra vuelve a ser mirada y se transforma. Si *Molino rojo* es la realidad alucinada y giratoria, fijada en poemas; *Hecho de estampas* es el tránsito inmóvil de la mirada hacia lo vislumbrado más allá de las palabras. Los ojos trazan un recorrido que va del signo al símbolo, de la locura a la mística, avistan las distintas zonas de pasaje de ese alto camino desierto que en *Estrella de la Mañana* florecerá en puro canto.

Los poemas de *Estrella de la Mañana* bordean el misterio del alumbramiento, en el que la sustancia renace en la esencia, cuerpo de luz; punto de nada donde la gracia toca y que después se revela como la fuente donde han sido lavados los ojos, contemplación absorta de sentido: *La gracia limpia mis ojos en la gracia, mis ojos alumbrados en el Nombre*.

El cisne se ha convertido en un cordero de Dios, dará testimonio de su transformación en un canto de alabanza, no exento de la memoria del dolor —incluso por momentos el canto se abisma allí, en un reflejo del pavor real de la vida vivida aquí—, ya que el dolor, la soledad, la muerte, es decir, lo humano, es la condición necesaria para la redención por amor que Cristo significa. Es importante remarcar esta significación del amor, ya que por su intermedio, por el renunciamiento que ello implica, el alma del hombre es redimida y puede reordenar el sin sentido en una especie de perfección trascendente: *Alma mía somos en Dios desnudez ordenada*.

Desnudez de la carne, en este reino ya no hay máscaras; desnudez de los ojos perdonados, enamorados ahora, sostenidos en la perfección del estado divino; desnudez de la desnudez que implica la libertad del renunciamiento total del hombre en nombre de esa promesa de redención y sosiego que la más absoluta comunión con Dios significa. *Y hecho he sido en lo interior de todo y nada*.

Diez años después de la publicación de *Estrella de la Mañana* es internado en el Borda, definitivamente. Se alega una nueva crisis espiritual; se le suma la pobreza. A estas alturas se puede entrever el conflicto que la presencia de este poeta auténtico causó en los círculos literarios; este loco de bondad —judío entre los católicos, cristiano entre los judíos— en el seno de la iglesia y en el perverso

sistema de salud y de represión. Pero el conflicto en realidad señala la hipocresía anidada en los circuitos sociales, literarios, hospitalarios, que juzgan la propiedad (mental y material) como requisito de pertenencia, lo que ha impedido a la crítica, a la iglesia, a la psiquiatría, darle a este hombre que sólo cometió «pecados de lengua» el lugar y trato que merecía; y que, en cambio, lo único que pudo hacer con él fue arrojarlo a una marginalidad avergonzante.

*La mucha luz alaba su inocencia.*

CARLOS RICCARDO

# ESTRELLA DE LA MAÑANA

# ESTRELLA DE LA MAÑANA

«Et dabo illi stellam matutinam».

## I

*Los ojos mueren en la alegría de la visión desnuda de carne y de palabras,*

*en la tierra desnuda y en el cielo desnudo,*

*en el día desnudo y en la noche desnuda bajo los cielos todo crecidos.*

*Es demasiado bella la noche de oro de muros y banderas luminosas.*

*Corremos en la noche de plata bajo la noche de oro.*

*Tierra desnuda, tierra perfecta, cielo desnudo, cielo perfecto.*

*Voces desnudas de la voz eterna.*

*En la noche de oro nos llaman las campanas,*

*y oímos el vuelo de las palomas desde la noche de plata bajo la noche de oro.*

## II

*¡Levantaron las albas sus sentidos en el día de mi pavor con su noche de muerte.*

*Pavor de días y secretos de días.*

*Recogemos aromas de los días en el misterio de los misterios.*

*Caen los muros.*

*Veo la tierra sabrosa de vida y muerte.*

*Y sobre mí lloraron las criaturas y cantaron los niños cantores*

*Los ejércitos de la gracia desnudaron espadas ante el alba.*

## III

*Amor, Amor, Amor,*

*estamos en el abrazo de la tierra y el cielo;*

*veo fragancias abiertas; siento fragancias abiertas.*

*Corren fragancias de las aguas, corren fragancias de las llamas.*

*Soplos perfectos del azul de la noche perfecta, besan las almas.*

*Besan en nuevo, suben en nuevo las moradas de oro.*

*En las rodillas de Cristo se asientan las moradas.*

*Todo de todo se asienta en mi morada,*

*soplos perfectos del azul de la noche perfecta que sube de la nada a las criaturas.*

*Amor, Amor, Amor,*

*la oscuridad del viento, la luz del viento.*

*Aspiran las estrellas por mi alma y tu alma y el sabor de los días con sus noches*

*de tierras olorosas donde vienen los soles a aspirar los bosques olorosos.*

## IV

*Tu alma canta, mi alma reza.*

*Salta tu canto, vuela mi rezo en Cristo unidos,*

*en la fragancia preciosa de los ángeles de la muerte.*

*Tu canto desciende en los silencios y en las llamas de la alabanza.*

*Tu alma canta, mi alma reza: viento interior de frío, viento interior de llama,*

*y el frío de los días con sus noches y el frío de las vidas y las muertes.*

*Tu alma canta, mi alma reza*

*en reinos florecidos de palomas en el día y la noche interior de la vida y la muerte.*

*Avivan las palomas el frío de la vida y las llamas de muerte florecida*

*sobre la muerte fría de la vida.*

*Rezan mis días la voz de voces, sabor de voces.*

*En voz de voces ama mi alma tu alma.*

*Tu alma canta la vigilia de las palomas;*

*mi alma reza con voz preciosa de la muerte la vigilia de las palomas.*

## V

*En la misma belleza saborean las lunas su soledad dichosa.*

*Caen todas mis muertes en el espanto*

*de la nada del mal de la nada irreal de la nada.*

*En las tinieblas puse mis manos cuajadas de llanto.*

*Arreó la gracia mis ojos perdonados,*

*y hecho he sido en lo interior de todo y nada.*

*He sido en el que es de todo y nada en bella gracia.*

## VI

*Sobre mis manos agudas*

*descienden las llamas de las visiones.*

*Soles y soles.*

*Corren los soles soles y soles.*

*Aguas y aguas corren las aguas sobre la luz, sobre las aguas multiplicadas.*

*Mi boca grande de oración derrama vuelos.*

*Amo tu nombre con pavor amoroso.*

*Con pavor amoroso mi camino se alegra y regocija con tu nombre.*

*Oye mi soledad; mira en mi llanto.*

*Mi sed crece en mi llanto; tu soledad llega a mi llanto.*

*Ha entrado la noche en nuestro llanto.*

## VII

*El agua oscura, la luz oscura de mi alma quiere morir en Cristo.*

*Alcanzaremos las palomas crecidas*

*y las albas crecidas y los corderos crecidos de todas las muertes.*

*Alcanzaremos el reposo de las palomas, de la una a la otra, de paloma en paloma;*

*alcanzaremos los corderos, de uno en otro, de cordero en cordero.*

*En los brazos de Cristo he visto tierra y cielo,*

*agua y luz, agua y luz, agua de paz y luz de paz,*

*agua y luz, palomas olorosas, agua y luz, corderos olorosos,*

*agua de paz y luz de paz, palomas y corderos.*

*He visto los ángeles que llevan en sí la luz y el agua de la gracia.*

## VIII

*Oye tu soledad mi soledad.*

*Oye en mi soledad la canción amorosa*

*debajo de mis labios.*

*Miran los cielos el día de mi corazón.*

*Oye en mi soledad tu soledad:*

*río de luz es tu garganta.*

*Eternidad en los caminos.*

*Espero en Cristo regocijado de muerte y alegre de muerte.*

*Paz, paz, en el camino delante de mis ojos.*

*Reza la sangre, la sangre de mi cuerpo en esperanza.*

*Pone mi corazón su desnudez perfecta sobre la noche movida en toda gracia*

*sobre la noche movida en esperanza.*

*Paz, paz,*

*en tierras donde corren los soles amorosos del monte santo;*

*mis noches iluminadas de pavor, alegres de muertes,*

*regocijadas de muerte.*

## IX

*Agua del día y agua de la noche, oración en mi día y en mi noche.*

*Crecen en la oración,*

*y alumbra el tiempo levantado de albas.*

*Gracia del siervo que escuchó los cielos,*

*niño en la luz y con la luz y por la luz de Cristo.*

*Resplandece en sus manos los días y las noches, los días escondidos, las noches escondidas.*

*Vienen los soles escondidos en la criatura llena de muertes;*

*árbol crecido en oración donde paran los días y las noches revestidos de gracia.*

*El agua llena de luz y canción escondida.*

*El agua llena de cielos y silencios de días con sus noches.*

*El agua pura de adoración lava la muerte de tu ojo bajo los cielos.*

## X

*Está contigo la paloma santa.*

*Alma mía, somos en Dios desnudez ordenada.*

*Nos levantan las manos olorosas de paraíso.*

*Ando sobre la tierra*

*y en nuestra sangre muero y resucito en la sangre de Cristo.*

*Desnudez ordenada*

*en las manos cubiertas de sueños y prodigios de sueño y de prodigio.*

*Desnudez ordenada por la pasión y la muerte.*

*Desnudez ordenada que cae en la primera muerte y que levanta la primera vida.*

*Se pone multiplicada de misterios, y la manzana conviértese en palomas,*

*y los vientos se cubren por sus vuelos.*

*Nuestras tierras alumbran recostadas en cielos y mediodías.*

## XI

*Puesta está la creación toda en el Misterio con Dios visible en Cristo.*

*Soy el hombre que oye el soplo primero lleno de la frescura de toda eternidad.*

*Sobre la tierra, sobre los cielos.*

*Lavan mis soledades para las bodas,*

*para las bodas de su presencia.*

*Sobre las piedras, sobre las noches de las piedras se derraman vientos dichosos.*

*Mis manos se aniquilan y tocan mi soledad de criatura.*

*Estoy cubierto de soledad para las bodas.*

*Abro las puertas.*

*Vuelan los soles olorosos de soledad profunda;*

*praderas y cielos,*

*y lluvias de gracias sobre las praderas.*

*Nuestras almas son las palomas nuevas.*

*Antiguas puertas se han abierto.*

*Yo entro bajo la estrella.*

## XII

*Los días anchos, las noches largas,*

*los días altos y las noches profundas entran por muertes de cruz.*

*Días y noches en luz donde los muertos reposan su soledad comenzada y desmenuzada.*

*Días y noches acabados*

*comienzan a desmenuzar las tierras y los cielos.*

*La noche en luz*

*donde los muertos reposan su soledad de niños cantores arraigados en Cristo, desmenuzados en Cristo.*

*La tierra se reposa en la belleza de toda la semejanza en su belleza.*

*Aman los días entrados en misterios,*

*días de amor de adentro de los días del más puro gozar.*

*Días cuajados de padecer de días en llanto.*

*Padre nuestro que estás en los cielos…*

## XIII

*Mañanas olorosas de la visión eterna*

*en las mañanas de todas las criaturas profundizadas en misterio.*

*Mañanas olorosas de todas las criaturas en la visión eterna.*

*Toco las tierras en la misma belleza*

*de las mañanas olorosas de la visión eterna:*

*miran a Cristo las criaturas.*

*Todas las manos levantadas en la misma belleza.*

*En mis noches oscuras*

*los júbilos dibujan sobre los muros luces de espada.*

*Dichosa el alba de las ciudades que hacen en Cristo sus murallas.*

*Se enlazan en amor perdidas a sí mismas albas, palomas y corderos.*

*Cristo levanta los caminos de la oración profunda.*

*Vigilo mis ojos cubiertos de púrpuras sonoras;*

*desfallecen las albas sobre las tierras amorosas.*

## XIV

*Duermo bajo la estrella mi estrella.*

*Vísperas de la noche en luz donde comienzan*

*los días y las noches a desmenuzar las tierras*

*y los cielos.*

*Amor, Amor, Amor,*

*se levanta tu luz y el agua salta.*

*Se levantan tus albas olorosas de suavidad profunda;*

*se levantan tus soles olorosos de suavidad toda crecida;*

*se levantan tus lunas olorosas de iluminada suavidad de niños;*

*y el agua salta albas, lunas y estrellas.*

*Saltan las albas, saltan las lunas y saltan las estrellas.*

## XV

*Ama tu alma mi alma, paz de los días, paz de las noches nacidas en los espantos de muertes,*

*y en los gozos de muerte y esperanza de muerte.*

*Amor, Amor, Amor,*

*tu alma canta dolor de carne, dolor de vida, pavor de muerte*

*bajo los cielos llovidos de esperanza.*

*Amor, Amor, Amor,*

*viste tu desnudez el agua capaz de las criaturas.*

## XVI

*Ha entrado la noche,*

*la noche de los días con sus noches, las tierras frías y los bosques muertos.*

*Ha entrado la noche de la carne y de los sentidos,*

*la noche de las tierras caídas y los cielos muertos.*

*A luz de alma crece tu alma, crece mi alma;*

*a luz de alma padecemos en cosas,*

*y tu pavor en mi pavor, y mi pavor en tu pavor,*

*toda tu soledad, toda mi soledad.*

*Ha entrado la noche:*

*y yo rezo en tu canto,*

*tu canto en la oración en la noche de los sentidos.*

*Tu corazón se enciende en tu esperanza;*

*mi corazón se enciende en mi esperanza.*

*En sí se gozan las lunas de sueño y los soles de paz de tu alma y mi alma.*

*Asidas con tus manos lunas de amor; asidos con tus manos soles de amor.*

## XVII

*Cae en amor tu alma, cae en amor mi alma,*

*nuestras almas envueltas en palomas.*

*Llevo en mis brazos tu alma olorosa de canciones en el día callado*

*y alegría de cielos del corazón profundo.*

*Cae en profundidad tu alma, cae en profundidad mi alma*

*desnuda de imágenes y cosas.*

*Amo tu alma en el amor del mediodía.*

*Amo tu alma en mis moradas donde saltan corderos amorosos del mediodía.*

*Cae en aromas tu alma, cae en aromas mi alma,*

*en el abrazo de la tierra y el cielo,*

*y envueltas en palomas asientan las estrellas su oscuridad de espanto.*

*Amor, Amor, Amor,*

*los soplos de tus nombres abren las puertas de uno en otro de todo en nada,*

*y el silencio escondido se derrama desde tu nombre santo de todo en nada de uno en otro amor ceñido.*

*Amor, Amor, Amor.*

## XVIII

*Nos levanta la cruz hacia el río de los aromas.*

*Entre sí suben las criaturas mansas tendidas en amor a Cristo.*

*Entre sí las criaturas fuertes sobre asientos de paz*

*que cuidan las espadas en amor de Cristo.*

*Amor abre la luz, y se derraman soles y bailan los corderos.*

*Tu alma canta, mi alma reza en los días cerrados, en las noches cerradas,*

*en la vida cerrada, en la muerte cerrada bajo los vuelos abiertos de los cielos.*

*Entre sí suben las criaturas mansas*

*en los asientos puros de olorosos maderos.*

*Amada,*

*afuera nos besaremos desnudos de tinieblas y pavores, tendidos en amor de Cristo.*

## XIX

*Miran mis ojos amorosos ensalzados de llamas*

*los días amorosos y mansos y amorosos.*

*La gracia limpia mis ojos en la gracia, mis ojos alumbrados en el Nombre.*

*Nacen y crecen*

*los angélicos vuelos de la vida y la muerte.*

*Tu alma canta, mi alma reza*

*en el olor de voces de voz que nace y olor de voces de voz que muere en suavidad de Cristo.*

*Corren los días alumbrados, corren las noches alumbradas de su paso.*

*Mis ojos son los ojos en sus ojos; mis manos son las manos en sus manos.*

## XX

*Crecen palomas y un reino de corderos;*

*crecen palomas multiplicadas y un reino de corderos multiplicados.*

*La manzana es la muerte,*

*y el vuelo de las palomas crecidas y el reino de los corderos crecidos, la vida eterna en cielos escondida.*

*Palomas santificadas en la paloma santa*

*corderos santificados en el cordero santo.*

*Se hace la luz en las palomas y los corderos.*

*Caían las manzanas de muerte en muerte sobre el todo y la nada de la vida.*

## XXI

*Llantos de los corderos en la mañana,*

*llantos de los corderos,*

*rocío para los dedos de mi mano, mano de mi oración;*

*llantos en las palabras en mi boca, boca de mi oración.*

*Llantos de los corderos en la mañana;*

*mañana sobre todo mi cuerpo, sobre toda mi alma,*

*sobre los ojos en el ojo de mi oración.*

*Mañana de los corderos y los llantos en la mañana.*

## XXII

*Besa mi voz la luz en mediodía en mediodía santo,*

*el regocijo que floreció de espanto*

*sobre los montes santos donde las voces que hablan en su voz cantaron en su canto.*

*Sobre los montes santos asiremos el vuelo de las estrellas.*

*Señor, Señor, Señor,*

*canto mío eres tú, y Eternidad.*

*Sacudamos las ataduras de toda muerte*

*y asistidos de gracia sobre los montes santos cantemos su mediodía.*

*Tuve profundo canto, voz de mi muerte bajo los vuelos,*

*voz de mi gracia sobre los vuelos.*

*Tuve profundo canto:*

*nombré los días, nombré las noches con su nombre.*

*Tu voz levanta la carne de mi muerte*

*y los ángeles rezan el Nacimiento.*

*Todos los días de mi vida rezan la muerte;*

*y han reído mis noches donde suben los ríos luminosos del regocijo y del espanto.*

## XXIII

*Nace en mi llanto llanto de oscuridad de todo llanto,*

*oscuridad de soledad de todo llanto.*

*Vuelven las almas sobre mi alma de alma en alma,*

*de muerte en muerte.*

*Lloro con llanto de mi llanto*

*sobre mi alma de alma en alma, de muerte en muerte.*

*En soledad de soledad con soledad*

*en soledad en todo, en soledad crecida en soledad.*

*Reposan los huesos en mediodías*

*en la soledad de mi alma desnuda en soledad.*

*Criatura de la quietud donde nacen los soles.*

*Debajo del nacimiento*

*mi garganta solloza almas de alma en alma, de muerte en muerte.*

## XXIV

*El ojo de la oración ensanchaba caminos.*

*Maravillosa muerte, maravillosa vida.*

*La voz de los que claman juntamente levanta el monte santo.*

*El ojo de la oración*

*ensanchaba las aguas y los sueños.*

*Sobre nosotros está la paz del monte santo;*

*sobre nosotros está la paz de toda muerte; sobre nosotros está la luz del monte santo.*

## XXV

*Todo en amor su mismo amor derrama olor de espanto en los corderos.*

*Mi luz te besa,*

*mi luz de espanto besa con mi beso del espanto.*

*Suben espantos en mi espanto.*

*Nos recogen las manos henchidas del espanto.*

*Viene el río oloroso de corderos abrasados de llamas amorosas.*

*Viene el río oloroso de corderos*

*revestidos de agua y luz, y encendidos de fuego.*

*Crece el río de los vinos de sabor profundo;*

*se abraza mi alma en su ser: en las manos crecidas de sus llamas.*

*Crecen los vinos, crecen las llamas,*

*y mi alma en su ser.*

*Crecen las manos,*

*y mi alma en su ser.*

*Amor me quema, Amor me abrasa en oloroso río de corderos.*

*Mi corazón*

*lleva los rastros olorosos que hizo el amor de rastros olorosos;*

*y saltan las divinas llamas;*

*corren sobre el camino de la vida,*

*y se extienden en ruegos de alabanza.*

## XXVI

*Palomas blancas, palomas roas, palomas blancas.*

*Ave María*

*Mana la sangre del Cordero*

*desde el pavor de todo en todo, desde el pavor de nada en nada.*

*Pavor y sangre, sangre y pavor;*

*palomas blancas, palomas rojas, palomas blancas.*

*Niño de paz,*

*sé lo que sé de Cristo.*

*Niño de paz, las viñas han crecido todo pavor de todo bajo la nada.*

*Me ciñe a su hermosura todo pavor de todo.*

*Niño de paz,*

*paso de sí a la visión de las rodillas grandes bajo la nada.*

## XXVII

*El agua donde lavan su resplandor los soles,*

*gozos de Dios que hace mover las tierras y los cielos.*

*Amor, Amor, Amor,*

*andan los cielos escondidos en cielos escondidos;*

*andan los cielos escondidos de uno a otro, todo y nada, de cielos escondidos.*

*Oí en perfecto amor de uno a otro, todo y nada, los cielos escondidos.*

*Oí en perfecto amor, de uno a otro, todo y nada, los cielos inclinados a cielos escondidos.*

## XXVIII

*Corren las tierras enlazadas a cielos escondidos.*

*El día lleva sobre su cuello las noches imperfectas de su muerte.*

*Corren los bosques,*

*y el mar, los soles y la luna se igualan en éxtasis de cielo.*

*Oh, bodas de la tierra y el cielo.*

*Andan los cielos inclinados, reinos secretos de uno en otro, todo y nada*

*por el amor perfecto.*

*El Nombre derrama cielos sobre cielos.*

*Santo, Santo, Santo,*

*andan los cielos inclinados, y el Nombre derrama cielos sobre cielos.*

*Desciende la fragancia de tus soles sobre mi muerte y en mi muerte.*

*Ponme los soplos de tus nombres*

*que van sólo en tu nombre, de todo en nada ceñidos de Esperanza.*

*Ponme los soplos de los Nombres*

*que hacen vivir los bosques olorosos de todo en nada de los cielos.*

*Un resplandor de espadas*

*guardan moradas de oro donde los soplos de tu nombre mueven la eterna luz de las espadas.*

*Crece el amor ceñido de Esperanza.*

*Van sólo en Dios, en todo y nada, los días que apaciento ceñidos de amores.*

*Van sólo a Dios, en todo y nada,*

*los gozos del amor, amor, amor dado a los cielos escondidos.*

*En Dios se inclina la esperanza*

*ceñida en Dios, sujeta en Dios, en todo y nada, en Dios perfecta.*

## XXIX

*Me apoyo en las moradas*

*donde se esconde la luz de la alabanza y el gozo de los corderos.*

*Amor, Amor, Amor,*

*en los caminos oscuros de la oración que recogen estrellas.*

*Niños del mediodía, niños cantores del puro padecer,*

*niños cantores que dicen a Dios cosas de Dios,*

*niños cantores del puro llanto.*

*Niños de niño en niño en el misterio.*

*Bodas, bodas de toda la tierra.*

*Guía de niños*

*crece la soledad crecida en el desnudo amanecer de toda la tierra.*

*Con luz en luz,*

*guía de niños, guía del nombre y luz del nombre,*

*guía del llanto de mi llanto luz de mi llanto.*

*Palabras olorosas,*

*guía de niños.*

*Recogimientos anegados de días con sus noches.*

*Me veo en la dichosa semejanza del agua y de la luz de Cristo.*

## XXX

*En mi gemido*

*conté mi soledad envejecida; conté todas las noches de mis días.*

*Mis huesos cantan el misterio del mundo.*

*El agua perturbada de mi reposo.*

*Me veo en mi gemido según pavores de inocencia.*

*Paz, paz:*

*oído de mis palabras.*

*El ruego alcanza oído a mis palabras*

*carne sanada;*

*y hay espanto de luz en nuestras manos.*

## XXXI

*Mira mi corazón llagado de alabanzas:*

*canto de bosques escondidos donde vuela el fervor de todo y nada*

*y los vuelos del vuelo agradados en vuelo.*

*Canta la voz entera, y el ojo enamorado mira la perfección de las manzanas;*

*mira la perfección de las palomas donde se igualan bosques y cielos, palomas y manzanas.*

*Manzana,*

*toda la perfección de las manzanas.*

*Paloma,*

*toda la perfección de las palomas, bosques y cielos, palomas y manzanas.*

## XXXII

*Corren las albas*

*y hay un pavor de bodas en las voces de los niños cantores.*

*Vienen los cielos del nombre,*

*y el día nos separa de la noche en todo y nada de los cielos.*

*Atadas en el nombre*

*corren las almas igualadas en Padre y en Hijo y en Espíritu Santo.*

## XXXIII

*El ojo enamorado ata los cielos y la tierra;*

*el ojo enamorado desnuda tierra y cielos; cielos unos de otro sobre la tierra.*

*Y hermosa es la atadura de los cielos, real el día, real la noche de los cielos.*

*Hermosos son los cielos acabados donde no caen desatados los días y las noches.*

*Real el día, real la noche.*

## XXXIV

*Bajo los cielos se devora la nada.*

*Sobre la espalda, sobre la noche de la ciudad*

*Cristo ha puesto los signos de su boda.*

*Pongo mi oído bajo la noche;*

*pongo mi oído sobre la noche de la tierra que es el alma del hombre:*

*Vienen los soles y las lunas en el alba de Cristo.*

*En el sueño del padecer nacen las albas;*

*del sueño del padecer saco las albas escondidas en el silencio escondido.*

## XXXV

*Pongo este llanto de mi llanto por todas las soledades que esperan las bodas de la tierra.*

*Pongo este llanto de soledad perfecta;*

*pongo este llanto dichoso de mi alma;*

*pongo este llanto de acabado recogimiento por el árbol caído y el animal caído,*

*por la tierra caída del éxtasis más alto de su nacimiento.*

*Pongo este llanto de mi llanto por las soledades en la dichosa semejanza:*

*soledad de los ríos y las lunas en la dichosa semejanza;*

*soledad de los ríos y los soles en la dichosa semejanza;*

*soledad de los ríos y los soles de ríos y de lunas y de soles en la dichosa semejanza.*

*Pongo este llanto por los ríos; pongo este llanto*

*por las lunas; pongo este llanto por los soles.*

## XXXVI

*Ojos de niño*

*donde el cielo vuelve a encontrar la desnudez de las estrellas,*

*golpeamos llenos de horror*

*las voces que enlazan las palabras,*

*noches visibles*

*en nuestras manos sordas y nuestros cuerpos alimentados de muerte.*

*Respiramos los gritos*

*de la piel de los ríos que hieden desesperanzas*

*y corazones lúcidos del frío*

*que arrastran el agua obscurecida de la blasfemia.*

## XXXVII

*Vuelvo mis ojos sobre mis ojos mansos;*

*vuelvo mis ojos contra la noche obscura.*

*Tuvo cuidado mi soledad; tuvo cuidado mi pavor de soledad perfecta.*

*Después de toda la tierra rebosan las albas;*

*después de todas las estrellas ha sido en mí la mano sobre mi noche obscura.*

*Pongo mis manos reflorecidas en la mano.*

*Darán los montes paz a mi vuelo, paz de misterio en su misterio*

*Sean los montes de la paz los montes que huyen en la noche con pies de ciervo.*

*Sean los montes de la paz la piel que vista a las criaturas.*

*Huye la muerte en cada muerte.*

*A su alegría desnuda corren las desnudeces de las mañanas.*

*En una misma soledad corren los mundos.*

*Ha de venir la voz entre mis voces desde la paz, venida de los cielos.*

*Ha de venir mi voz tras de las voces de la voz perfecta.*

*Hágase la belleza de la tierra y el cielo;*

*y vengan a nos en la misma belleza las mañanas de todas las criaturas*

*que están llenas de gracia.*

*Venga a nos la belleza entre todas las albas,*

*el alba que no nos deja caer en nuestra noche.*

*Te doy el llanto de mi llanto*

*puesto en amor que espera las cosas levantadas en albas.*

*Aquella voz, aquella estrella de tu llanto.*

# ADORACIÓN DE LOS REYES MAGOS

*El cielo besa la sombra del manzano.*

*A lo largo de muchas voces y junto al dedo de San Juan Bautista*

*saltan los ciervos por montes y collados.*

*Tierra, levántate en belleza*

*junto al canto del muro que agujereó la estrella.*

*Hermosa mía,*

*presenta tu soledad en llanto junto al olor del alba*

*donde saltan los montes como ciervos en la visión perfecta.*

*Levántate en gemidos con tu sabor de noches amorosas*

*en el amor que viene de su mano,*

*estrella gozosa entre azucenas.*

*Ahora viene la paz desde los cielos,*

*y esta noche le ponen corona de María.*

*La voz que clama en el desierto anuncia el Nacimiento,*

*toda la tierra herida de su boca y el beso de su boca.*

*La boca del Ángel que cantó el Misterio:*

*tiene corona el Niño.*

*Las casas andan en la luz de los caminos.*

*Hermosa mía, llevas el manto de la noche obscura.*

*Nace en la tierra todo el amor del cielo.*

*Amor, Amor, Amor,*

*Ave María, gracia plena, nace la flor de las criaturas.*

*Paloma mía,*

*la Trinidad golpea los muros de la estrella.*

*Hermosa mía,*

*levántate junto a la estrella de la mañana;*

*la voz que clama en el desierto anuncia el Nacimiento.*

*Levántate de toda muerte,*

*que ya comienza en noche obscura la buena nueva de la flor divina.*

*Esta noche le ponen corona,*

*y el desierto donde clamaba San Juan Bautista se llenará de gracia.*

*Hermosa mía, que llevas el manto de la noche obscura,*

*nace en la tierra todo el amor del cielo.*

*Herida está la tierra;*

*la presencia del Niño hace correr los montes.*

*Suspira toda la tierra.*

*Amor, Amor, Amor; nació la flor de las criaturas.*

*Al olor de su nombre despiertan las doncellas.*

*Se alegra nuestra noche y nuestra soledad se goza en agua y vino.*

*Subimos por el desierto con la alegría del Nacimiento.*

*La Ciudad Santa tiene la noche de oro.*

*Herida está la tierra,*

*y esta noche de oro derrama lo escondido de su gloria:*

*esta noche es su imagen cuando nos miren los soles*

*con la ternura de los corderos.*

*Al olor de su nombre despiertan las doncellas.*

*Bajo los cielos llenos de lluvias María escucha la paz*

*que hace seguros nuestros caminos.*

*Escucha la mirada del Unigénito,*

*escucha al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.*

*Al olor de su nombre despiertan las doncellas.*

*Beatus vir decía el Rey David*

*cuando miraba los panes de la proposición del rey Melquisedec;*

*Beatus vir decía el Rey David; rogaba y anunciaba su venida*

*entre los desterrados de la Noche divina.*

*Hermosa mía, sé luminosa y ciega.*

*La voz que clama en el desierto nos ha ordenado los caminos*

*sobre los frutos amargos de nuestra muerte.*

*El cielo besa el lirio y a la azucena,*

*y el fruto santo de la Virgen derrama olores de misterios.*

*Él nos enseñó la alegría eterna*

*con su voz llena del sentido de las criaturas.*

*El que elige las vírgenes dichosas de la noche de oro*

*bajo la estrella de la mañana.*

*Llega la luz sin noche como quería Santa Teresa.*

*Al olor de su nombre despiertan las doncellas.*

*Hermosa mía, sé luminosa y ciega.*

*En Él lloramos.*

*La luz sin noche reviste nuestra carne de luz para las bodas,*

*las bodas de los Pobres.*

*Jesús:*

*he aquí la palabra de la luz alegre y pavorosa.*

*Hermosa mía,*

*enterrada en su Cuerpo espera tu cuerpo de carne luminosa.*

*Acude a la noche de plata del candor, pues he aquí que la noche de Dios*

*se aproxima sobre la tierra.*

*He aquí que esperamos en el día de la Ciudad Santa,*

*ciudad de Abel, guardada por las espadas de los serafines*

*que contemplan el rostro de Dios,*

*ese rostro que nadie ha mirado jamás, hermosa mía.*

*Al olor de su nombre despiertan las doncellas.*

*Hermosa mía, ven a la noche de oro de los Reyes Magos,*

*de los patriarcas, de los profetas, de los pastores.*

*Paloma mía,*

*la Trinidad golpea tus muros con su estrella.*

*Ven a la Noche de oro del cordero que limpia los pecados del mundo;*

*Ven a la Noche de oro de los perfectos,*

*Ven a la Noche de oro de los Reyes Magos.*

*Hermosa mía, levántate junto a la estrella de la mañana.*

## PAMPA DE UNA NOCHE Y UN DIA CON SU NOCHE

*Saltaban los caminos en las moradas,*

*y alumbraba la tierra,*

*y otra vez la vida daba la paz a los corderos en espanto.*

*Saltaban los caminos,*

*agua y estrellas.*

*Y para sí saltaban los caminos y el alma que suspira en el camino,*

*y para sí los días de su muerte.*

*Sobre mis ojos y en mis*

*ojos ardían las criaturas.*

*La tierra y el cielo se abrazaban en el camino,*

*y ante mis ojos.*

*Venía el alba, corderos y palomas,*

*el bosque, la luna y las estrellas,*

*y en misma luz de cielo las albas y corderos y palomas.*

*Saltaban los caminos,*

*agua y estrellas, albas, corderos y palomas,*

*albas y niños y palomas,*

*albas y días y palomas, albas y noches y palomas.*

*Saltaban los caminos*

*en el cielo y la tierra, en la tierra y el cielo;*

*gracia en la tierra, gloria en el cielo;*

*saltaban albas, corderos y palomas.*

*Día del nacimiento*

*del nuevo pan, del nuevo vino, del pan eterno y vino eterno.*

*Cruzo las manos, y extiendo las manos;*

*gozo en la luz la luz de las estrellas;*

*gozo en el agua el agua de la gloria;*

*gozo el amor que alumbran los caminos.*

*Ruega en amor mi oscuridad profunda.*

*Han quedado los vuelos de las palomas idas sobre mi llanto.*

*Nuestros pies andan en la noche y el día, en la noche y el día de los corderos.*

*En la noche y el día revestidos de albas y corderos.*

## CANCIÓN DE LA VISIÓN REAL DE LA GRACIA

*Niño, tu tienes el oído yunto al amanecer*

*de la tierra y el cielo.*

*Amén el bosque, Amén el mar, y Amén a las estrellas.*

*El signo de tus manos ata el secreto del mundo.*

*Amén el bosque, y Amén el mar, y Amén a las estrellas.*

*La tierra canta y el cielo, y la vida y la muerte.*

*Niño, tú tienes en el signo que trazan tus manos*

*el día y la noche, y la tierra y el cielo, y la vida y la muerte.*

*Amén, Amén, Amén,*

*niño del alba de la tierra y el cielo.*

## CANCIÓN DE LOS ÁNGELES DE LA MUERTE

*Ángeles de la muerte*

*ponen sueño en la gloria*

*y en la vida y la muerte*

*Ángeles de la muerte.*

*Ángeles de la muerte*

*ponderan los misterios*

*de la vida y la muerte*

*Ángeles de la muerte.*

*Ángeles de la muerte*

*entregan lucimientos*

*por la vida y la muerte*

*Ángeles de la muerte.*

*Ángeles de la muerte*

*preparan nuestra gracia*

*y la vida y la muerte*

*Ángeles de la muerte.*

*Ángeles de la muerte*

*alivian nuestros días*

*de la vida y la muerte*

*Ángeles de la muerte.*

*Ángeles de la muerte*

*abrazan Dios y el canto,*

*y la vida y la muerte*

*Ángeles de la muerte.*

*Ave María,*

*Ángeles de la muerte;*

*Ave María,*

*en la vida y la muerte,*

*Ángeles de la muerte.*

*Ángeles de la muerte*

*de las cosas y el nombre,*

*y la vida y la muerte,*

*Ángeles de la muerte.*

*Ángeles de la muerte*

*vísperas anunciadas*

*de la vida y la muerte*

*Ángeles de la muerte.*

*Ángeles de la muerte*

*parten las soledades*

*de la vida y la muerte*

*Ángeles de la muerte.*

*Ángeles de la muerte*

*anegan nuestro llanto*

*con la vida y la muerte*

*Ángeles de la muerte.*

*Ángeles de la muerte*

*besan las albas albas*

*por la vida y la muerte*

*Ángeles de la muerte.*

*Ángeles de la muerte*

*del amor y la muerte*

*de la vida y la muerte*

*Ángeles de la muerte.*

# POEMAS DISPERSOS

NOTA: Estos poemas no reunidos en libro son los pocos que han aparecido publicados, gracias a Vicente Zito Lema, en el número 1 y único de la revista *Talismán*, Buenos Aires, mayo de 1969, dedicado por entero a Jacobo Fijman cuando éste todavía vivía; y en *Crisis*, número 11, Buenos Aires, marzo de 1974, dentro de un informe más amplio titulado *El hospicio. Testimonios y lenguaje de los oprimidos*.

## DONARIA

*Lieja*

*Retablo de pasión*

*Lieja una de Cristo*

*O corazón*

*De Cristo*

*O resurrección.*

*Gime la lluvia,*

*Incorporal y vieja,*

*Nueve musas y cielos*

*De una fuga cierta*

*Y un pálido sujeto*

*De una fuga entremuerta*

*Lieja en tiempo de Lieja*

*Con número de Lieja,*

*De retablo o pasión*

*De corazón*

*De Cristo*

*De resurrección.*

## ROMANCE EN VEINTE DE MENOR CUANTÍA PARA NUESTRA SEÑORA LETANÍA APOSTROFIA

*Ya que sabes la luna*

*Quema las candelicas.*

*Los arroyos son verdes*

*Y las vírgenes rojas.*

*La palma vuelta en sí*

*Para un sueño odorante*

*De su morir de muerte.*

*Siquiera a buen romance,*

*Acude, letanía,*

*Letanía apostrofia,*

*Puesta de calle a bajo*

*De ciprés a laurel,*

*Que nos viene equinoccio*

*Sobre el azar de nubes,*

*De las blancas y negras,*

*Entre las cuales noche*

*De la posada vieja,*

*Y los arroyos verdes*

*De las vírgenes rojas*

*Y la luna de muerte.*

## HISTORIA DE UNA IMAGEN SEGLAR Y NO SEGLAR

*Roma muere en las torres y campanas.*

*Torres, campanas, pan y vino.*

*La tierra de las torres*

*Desciende en las campanas.*

*Y la muerte golpeará a las estrellas*

*En al vejez del Tíber y de Roma*

*Roma muere en el pan,*

*Roma muere en el vino.*

*Roma muere en las torres y campanas.*

# LUTECIA

*En el arte del cisne los días son eternos*

*Sobre el impar concluso de virtud y de esencia.*

*Las islas empezaron en la urbe celeste,*

*Disímil prestantísima del mundo,*

*Variadamente expuesta*

*Por título de lunas y de estrellas*

*El dátil, la aceituna se encuentra en los huesos*

*Y los códices viejos.*

*Las letras de Lutecia*

*Editaron la curva de la seine.*

*Francia duerme en olor de quietos lavellanos,*

*Sin crimen y sin llanto.*

## SERÁFICA COSMOGONÍA

*Los bosques se ocultaron en el magno desierto;*

*El cuerpo omnipotente de una niña de tierra*

*Trae el fuego del mundo;*

*Y tú beata,*

*De ánima beata,*

*Creas lumbre beata*

*De número formal de toda cosa:*

*El número formal*

*Que numera al vestigio de la suprema esfera,*

*Idéntico, beato,*

*De ánima beata,*

*De serafín a mar,*

*Y serafín de mar.*

*Un cuerpo omnipotente de una niña de tierra*

*Trae el fuego del mundo.*

## CANCIÓN PARA LA NIÑA PROSA DE LA CRUZ

*Esta es isla de mar*

*Y este es casa de llanto.*

*Tú sobre el mar*

*Aproximas el llanto.*

*La isla de una flor,*

*Un pájaro, una niña,*

*Y la casa la grave*

*Soledad informada*

*Del amor y del llanto.*

*Este día es la isla*

*Y este día es el mar,*

*Y esta noche es la casa*

*Sobre el llanto del mar,*

*Tú prosa de la cruz,*

*De una flor a otra flor*

*De esta tierra de casa*

*Sobre estrella de mar.*

## CANCIÓN DE FLORISTA

*El cielo es de la tarde*

*Con un río de estrella*

*Y de dos ríos verdes*

*Que nacen de la pata de una flor violeta.*

*La soledad que llama es soledad*

*De la antigua campana:*

*Pascuas y soledad,*

*Una sangre de heridas*

*Y una fiesta de viento*

*Que extiende flor y viento*

*De tres hojas sufrientes*

*Y tres días de muerte*

*Con un cielo en la estrella*

*En la flor y la tarde*

*En la antigua campana*

*De una fiesta de muerte.*

## ECLOGA

*Tú, la incóndita niña*

*De la incóndita flor*

*Y la incóndita muerte,*

*Constas de flor y muerte.*

*Tú, la incóndita niña,*

*Demuestra flor y muerte,*

*Tú, la breve sentencia*

*De la lúcida muerte,*

*Que pones con el llanto*

*La incóndita flor,*

*Y la incóndita muerte.*

# PRETEXTA

*Leo de ti la tarde en la ciudad*

*que buscaba las nubes*

*en la vocal herida*

*del árbol y la flauta, del pastor y la oveja,*

*y la paciencia blanca de los cisnes vencidos*

*en lao de las piedras*[1]

*de los lagos de Francia.*

*Las torres se conjugan en levísima angustia,*

*y las calles se mueven con las novias ya viejas,*

*unas en otras, graves,*

*a personas y tiempos, con su ser y no ser.*

*Ahora lee tú, Pretexta, senadora,*

*y tu lección vendrá beata de paciencia*

*del amor y del llanto.*

## RETRATO DE DOCTOR

*Este aquí, seráfico leyente,*

*Trae la flor perfecta*

*Recibida en ejemplo de ser a ser,*

*De simples y compuestos,*

*Y día temporal,*

*Unidos por el uno que nunca fue movido,*

*Por aquél que depura la imperfección perfecta.*

*Este aquí, seráfico leyente,*

*Lleva la perfectísima, la perfección perfecta*

*Del color y la lumbre, del amor y la estrella.*

## ECLOGARIO

*Acá dentro conmigo, tú sabes justamente*

*De montes y de cabras*

*Y de dar en el nombre*

*Los concejos y trigos,*

*Las albas y deuterias.*

*Ahora ahora con el sueño*

*Tanto y cuanto de flor,*

*Y más y más de almendras y manzanas,*

*Acuérdate, pretexta, de ser eternidad,*

*Tú tan amiga de la flor,*

*Y tan amiga de la estrella,*

*Tanto o cuanto de flor,*

*Tanto o cuanto de estrella.*

*Ahora ahora con el sueño*

*De albas y deuterias,*

*Acuérdate, pretexta, de ser eternidad.*

# IPHIGENIA

*El par esta de fiesta*

*De dolor en tu llanto.*

*Cuatro ríos salían del corazón del mundo;*

*Y tus manos se abrían como puertas beatas*

*En la Gloria;*

*Y tus pies progresaban en la tierra*

*Con una cierva joven y la luna de fuego.*

*Te nacía la sangre nuevamente*

*Como un manto de púrpura, y vestía tus huesos*

*Del amor que repone la antigüedad eterna*

*De la vida*

*El par está de fiesta*

*De campanas y nubes y de torres,*

*Y la paloma es blanca,*

*Y su lugar la tarde*

*De cuatro ríos y de cuatro vientos.*

## ESCÉNICA

*Ahora saltas, niña, por partes el aldea*

*Definiendo su nombre,*

*Las nubes, los almendros*

*Y las torres.*

*Balaron las ovejas*

*Y las nubes empiezan en la fuga del agua.*

*Vamos contigo del aldea á la aldea*

*Con pájaros y tierras.*

*Una palma declinas, una torre,*

*Una espiga, dos bueyes,*

*Y los nombres que tocan paciencia de azahares,*

*La lluvición, la soledad, la muerte.*

## SIN TÍTULO

*Arrancaron el sol de la frente celeste,*

*La clave de las palmas*

*Y las niñas ardientes*

*Que duermen en los cuerpos más negros de la tierra,*

*Y aquí el siguiente mar*

*Trae las islas mudas o sin viento.*

*Algunas han verdes, algunas han rojas.*

*Tú, compuesta de sueños*

*Que toman en el cuerpo más negro de la tierra*

*A los sueños más íntegros y quietos,*

*Perpetuos concluyentes.*

*Tú, que vienes del mar y las islas,*

*Tú la breve del fuego Sin más luz que la muerte.*

## SPECULUM DEITATIS

*Sor Natividad, sor pobreza,*

*Paloma obediente del Espíritu Santo,*

*Tu soledad de espanto*

*Se enciende de belleza.*

*Sor Natividad, flor de santidad*

*A miedo y frío.*

*Las estrellas más blancas han cuidado el tu río*

*De buena eternidad.*

Junio 30 de 1969; Año de Gracia.

# ACERCA DE LAUTRÉAMONT, 1

*Lo imagino rubio. De ojos celestes. Alto varios metros. La piel azul y las manos huesudas. Dotado de una gran imaginación. Pero satánico.*

*Atormentado por las cosas reales y vulgares y por las ideas que se hacía del más allá de la muerte y de la muerte misma.*

*Era lo que diríamos hoy, un introvertido. Se lo supone fino, elegante, de una dentadura tremenda; con colmillos.*

*Debe estar ahora no en el infierno sino en el hades, que es el reino de la muerte.*

*Él está como dormido; insomnis mortis.*

*Durante su vida debe haber abusado de las drogas que llevan a los otros paraísos, los paraísos del mal.*

*Eso, es lo que se deduce de sus escritos. Donde se hace sentir su soledad y su desesperanza.*

*No tenía nada de religioso. Era un muerto, como diría un teólogo moralista.*

*No supo nunca más que de penas y no dio nunca con la contricción, ese dolor perfecto, ni con la tricción, ese dolor imperfecto al que se entregan los pecadores arrepentidos para que se les restituya a la primera gracia y continuar su vida penitencial hasta arraigarse en un estado de paz y esperar la buena muerte.*

*Pero él no da señales de haber tenido ninguna instrucción religiosa —aunque nombre mucho a Dios— que lo pudiera llevar a la salud espiritual.*

*Sin embargo, a pesar de todo lo quiero y lo voy a ayudar.*

*Este hombre atormentado, buscó con avidez; pero por sí mismo no dio con nada más que con el sufrimiento y la demencia de gran poeta.*

*Nació en el Uruguay, y se supone que haya muerto. Aunque nadie lo sabe.*

*Es como si no hubiera existido como ser físico.*

*Era de agua. Era flemático de temperamento y lo concibo como existiendo en un mar agitado y oscuro.*

*Dios no quiso que lo conociera, no quiso concederle la gracia que concede al resto de los mortales, a los fieles que componen el cuerpo místico de Cristo.*

*Lautréamont era soberbio; se negó a rebajarse a ser un niño.*

*No amó las cosas de la tierra como las aman algunos privilegiados de complexión*

*melancólica. Él amaba lo que no sabía; buscaba a Dios pero no dio con Él. Se supone que Dios no quiso darle los beneficios que entrega a criaturas más inferiores que su naturaleza.*

*Lautréamont me conocía y me conoce. Como Juez he tenido que verlo. Me pidió que no lo olvidara. Que intercediera por él ante Dios que es mi amigo.*

## ACERCA DE LAUTRÉAMONT, 2

*Hace un tiempo nos encontramos en otra región. Cuando lo vi, estaba como despejándose del sueño. Estaba con aguas, con algas, pero no con peces. Los peces se habían ido. Estaba acostado en el mar. Yo caminaba sobre las aguas y lo llamé: Lautréamont, Lautréamont, le dije, soy Fijman.*

*Y él me contestó que me quería. Que seríamos amigos ahora en el mar, porque los dos habíamos sufrido en la tierra. Pero no lloramos. Nos abrazamos. Después quedamos en silencio.*

# ADDENDA

NOTA: La siguiente entrevista a Jacobo Fijman fue realizada y publicada por V. Z. L. —principal difusor de la obra de J. F.— en la revista *Talismán*, número 1, Bs. As., mayo de 1969. Posteriormente, apareció en versión extendida en forma de libro: *El pensamiento de Jacobo Fijman o el viaje hacia la otra realidad*, Rodolfo Alonso Editor, Bs. As., 1970.

# REPORTAJE A JACOBO FIJMAN
# CONTRIBUCIÓN A UN INTENTO DE CONOCIMIENTO

En la medida que un ser humano puede ser objeto de conocimiento, y ese conocimiento compartido, señalamos luego de más de un año de entrevistas, lo que más nos ha impresionado de Jacobo Fijman.

Su humor; corrosivo. En el estricto sentido de humor surrealista.

Su autenticidad de poeta: que trasciende hasta en sus menores gestos. Que le ha determinado estas formas de vida. Estos castigos sobre su persona. Y su bondad; más allá del olvido de quienes fueron sus amigos y compañeros de generación; más allá de los policías que lo castigaron; más allá de los jueces que lo privaron de su libertad, más allá de los psiquiatras que le descargaron sus odios y su propia enfermedad; más allá de los que supieron de su situación y nada hicieron, la enorme bondad de Jacobo Fijman, equilibrando tantas de nuestras maldades, perdonándonos.

VICENTE ZITO LEMA

**¿Cuáles son sus relaciones con los colores; y en especial con el blanco, el negro y el rojo?**

Los colores centrales son el violeta y el verde. Y los periféricos son el rojo, el amarillo, el anaranjado y el azul.

Yo siento preferencia por el blanco y el negro. Me gustaba ir vestido todo de negro y con guantes blancos. Estos son los dos primeros colores nombrados en el Génesis. Separó Dios la luz de las tinieblas…

Amo el blanco. En el palacio los reos iban vestidos de blanco…

El negro es melancolía. Yo vestía de negro porque no tenía por quién enlutarme.

En cuanto al rojo. Ah. El accidente del aire fácilmente conjuga con el fuego. Pero el secreto es saber cuál es el accidente.

**¿Cómo siente la poesía?**

Es un estado de ánimo, antes de la reflexión.

En cuanto a lo demás, me remito a la obra poética de Aristóteles. Esto es un secreto de estado.

Yo he tenido una infancia poética. Desde niño me llamaban el poeta.

**¿Qué autores han tenido mayor influencia en su formación literaria?**

En mi infancia toda la obra de Sherlock Holmes; que me sirvió después para hacerle una crítica a Dostoievsky, quien alardeaba de sus novelas psicológicas. Este trabajo se publicó en el diario *Crítica*, en 1927; también Lamartine, con su novela *Graziella*. Después de leerla, me declaré a una muchacha que tenía 20 años. Era muy hermosa. Yo un niño. También Pushkin, un negro comprado por un embajador de Pedro el Grande, de él leí *La Hija del Capitán*; y Victor Hugo, que me fue recomendado por un espiritista. Recuerdo también los cuentos de Callejas.

Ya de grande, ningún escritor ha tenido en mí una influencia decisiva. Aunque he leído muchísimo; especialmente a Santo Tomás de Aquino, y a todos los maestros de la patrística latina y de la patrística griega.

**¿Cuál es su símbolo?**

La palabra; que es símbolo. Y la cruz, el símbolo de San Atanasio.

**¿Hay soberbia en el ejercicio del poder?**

Sería una soberbia notable. Pero habría que juntar el poder temporal y el poder espiritual.

Yo me considero un aristócrata; en el concepto de virtud.

**¿Hay equilibrio entre su poesía y al que le cortan la lengua por no mentir?**

Sí. En primer lugar, por aquello «de que al principio fue el verbo».

Y quise dar con ello.

**¿Qué valor le asiste a un asesinato?**

Los asesinatos tienen el valor de que el asesino va al infierno.

Es pecado de segundo modo. Primer modo es pensarlo. Segundo, el clavarle la cuchillada. En general, la decapitación es el más fácil de los métodos de matar. Y el más espantoso el estrangulamiento.

Pero yo deploro los asesinatos.

Ni aún justifico la muerte en las cruzadas. A los herejes simplemente habría que tenerlos encerrados.

**¿Qué significan los títulos de cada uno de sus libros?**

Molino Rojo recuerda la demencia, el vértigo.

Yo buscaba un título para esa obra que significara mis estados. Y reparé en un molinito viejo que tenía en la cocina. De color rojo. Para moler pimienta. Y vi en ese objeto todo lo que mi poesía quería expresar.

Estrella de la Mañana, en cambio, se refiere a los estados místicos que yo había adquirido en esos años. Ya había sido bautizado, convirtiéndome a la religión católica, y quise expresar con ese título la encarnación del verbo.

En cuanto a Hecho de Estampas, yo trataba de volver a la filosofía escolástica. Y volver fundamentalmente a Aristóteles. Y en una visita al museo del Louvre quedé impresionado por los maestros clásicos, por su pintura religiosa. Cuando luego vi unas estampas de esos cuadros religiosos, las asocié a mis

poemas. De ahí Hecho de Estampas.

**¿En qué medida la enfermedad mental puede influir en una obra artística?**

Corelli, el músico, escribió una sonata, «La Locura», después de estudiar esas enfermedades.

Después de tocar la sonata, él salía a la calle, a conocer a la gente.

Y veía que todos estaban locos.

Yo he estudiado psiquiatría.

Y sé que los ciegos y sordomudos son dementes.

En cuanto a mi obra, los médicos dicen que no hay en ella signos de enfermedad.

Y yo lo creo; ya que no hay en mi poesía nada en contra de la gramática. En Artaud, la enfermedad influyó en contra de su obra.

Pero él no podía alejarse de la locura. Porque era la locura de Satán. Si Artaud hubiera estado sano, estudiaría la escolástica.

Hay que estudiar.

El Conde de Lautréamont era un loco. Yo leía su obra y supe de su vida estando en Uruguay. Era un hombre pésimo. Se dedicaba a los vicios. Y hacía poesía con ello. Era un monstruo. Sólo en él había locura. Nerval en cambio era bueno. Pero se ahorcó de un farol. Le gustaban las manzanas. Lautréamont y Artaud me angustian. Su psicología es la de los vagos. Yo estaba atraído a ser como ellos, pero me salvé con la misa y los libros santos.

El sufrimiento de los viciosos no es noble. Es muy alejado al de los mártires.

**¿Cómo se relaciona el hecho de ser usted violinista con su poesía?**

En la medida. Mi poesía es toda medida. De una manera que la acerca a lo musical. En *Molino Rojo* hay una gran influencia de la sonata de Corelli, «La Locura». Esta sonata tiene dos formas de ejecución. «El Loco» y «La Loca»; según sea un hombre o una mujer el ejecutante. En *Hecho de Estampas*, hay influencia de los cantos gregorianos. Y en *Estrella de la Mañana* la medición sigue la del latín eclesiástico.

**¿Cuál es su visión de la realidad?**

La realidad es el ente. Y el ideal de realidad Dios. Ente increado. No hay nada más real y más evidente que Dios.

**¿Cuáles son las cosas a las que tiene mayor afecto?**

No es muy fuerte mi afecto con los objetos. Además, prácticamente no tengo nada. Alguna ropa, unos libros, una pipa… Pero hay casas hasta donde un cuadro de Modigliani está fuera de lugar. Y amo entonces la mesa y el mantel.

**¿Piensa que su obra se identifica con alguna corriente poética?**

No. Está fuera de cualquier escuela literaria. Nunca seguí a nadie. Aunque espontáneamente me considero un surrealista.

Los surrealistas son auténticos poetas; pero blasfeman y son satánicos. En Francia conocí a varios de ellos. Aunque ya sus caras no las recuerdo bien. Una noche nos presentamos; estaban Breton, Eluard, Desnos, venían a darme una recepción. Pero alguien o algo hizo que se apagara la luz. Y no nos pudimos dar ni las manos.

A Artaud lo conocí en un café, La Coupole, donde tomamos un vaso de vino blanco. Estuvimos a punto de pelearnos. Yo me identificaba con Dios y Artaud con el Diablo. Sin embargo le tengo aprecio.

Un poeta tiene que estar al servicio de Dios. Y sino que esté al servicio del demonio.

**¿Por qué dejó de publicar su poesía?**

En primer lugar porque la publicación de mis obras me la tenía que pagar yo. Y apenas tenía para comer… Además me propuse cambiar de vida. Y me dediqué exclusivamente a la filosofía escolástica y a todos los poetas que aparecen en la patrística. Pero fundamentalmente, por miedo a perderme en la literatura y alejarme de Dios.

**¿Se considera un santo?**

No sólo me considero, lo soy. Pero mejor no decirlo porque no lo entenderían.

Para los médicos eso es enfermedad. Y ellos no saben lo que es un santo. Sólo tratan a los demás como enfermos. Se guían por los síntomas. Y otras

obligaciones no tienen.

En esta sociedad está prohibido ser santo. Aun por la Iglesia.

**¿Cuál es el significado de esa imagen que tanto reitera en sus poemas: «la noche de los corderos»?**

Hay tres noches. La primera noche corresponde a los sentidos.

La segunda noche a los sentidos internos.

Y la tercer noche es la del intelecto. Pero el viador debe ser sincero.

Yo soy un muerto. Pero vivo en Cristo.

Los corderos significan la unidad divina. Cuando eran sacrificados en el Templo Judío, debían tener un año, para representar la unidad.

¿Quién te enseñó la física? Los egipcios.

¿Quién te enseñó la magia? Los caldeos.

¿Pero quién te enseñó el misterio de la unidad divina? El pueblo de Israel.

**¿Tiene miedo de la muerte?**

Ningún miedo. El que hace la vía ya no tiene miedo. Además ya lo he dicho; me considero un muerto. Un muerto en vida. Vivo en Cristo.

Todas las enfermedades ya están en potencia. Simplemente se hacen visibles en el momento de morir.

**¿La Biblia es un texto poético?**

La Biblia es un libro de Dios. Y no tiene fondo.

Aunque realmente el Apocalipsis es un poema terrible.

**¿Para qué escribe?**

Lo hago para que mis actos se ordenen a Dios. Buscando la verdad y no la oscuridad. Y escribo para Dios y para mi perfección.

Y Dios sencillamente lo aprueba.

Y esto dicho en lengua baja. Para que todos me entiendan.

**¿Para qué pinta?**

Entre mi pintura y mi poesía hay una misma mano. Las mismas concepciones. De niño me dijeron que sería un gran pintor. Y entonces quemé todo. Ahora lo hago para perfeccionar mis sentidos, externos e interiores. Sólo de esa forma es válido pintar y escribir.

Y hasta que los que se dicen pintores y escritores no lo entiendan, deberían dejar esas cosas. Porque están mintiendo. El arte tiene que volver a ser un acto de sinceridad.

**¿Cómo ve esta ciudad?**

Esta es una ciudad que no es buena. Es realmente mala. Corrupta. Llena de gente depravada. Hay una falta absoluta de moralidad. Es una ciudad hipócrita. Hasta parece que fuera la hipocresía su estado natural.

**¿Qué motivó su conversión de judío a católico?**

No es conversión de judío a católico. Es simplemente la aceptación de la religión católica, apostólica y romana.

Porque lo de judío no se pierde.

Esta conversión es una concepción de la gracia. Porque Dios seguramente ha encontrado méritos para convertirme. Para concederme ese conocimiento y esa fe.

**¿Ha sufrido castigos?**

Sí. Pero no me quejo. ¿Quién se podría quejar luego de la pasión de Cristo? Hace ya de esto muchos años. Yo era joven. Una tarde estaba como extasiado, y un Apolonio, entrerriano, me llamó y me dijo: vamos a caminar. Nos pusimos a caminar, y cuando llegamos a una esquina de la Comisaría 4.º, no recuerdo cuál era, o cuál es ahora, mi amigo me empujó contra el vigilante. Vaya a saberse si era por una broma o qué sería… Y entonces el vigilante me dio un golpe con esa vara que llevan. En la sien izquierda; y otro en la sien derecha. Luego me llevaron al interior de la Comisaría, me estiraron en el suelo, y me golpearon con las varas. Me golpearon en las rodillas, en las manos, en la cabeza. Es completamente milagroso el estado mío, de que aún esté vivo. Después me desnudaron, me pusieron en un calabozo. Por la mañana, ellos deben haber avisado a mis padres, que todavía

vivían. Y me sacaron de la Comisaría. Eso fue todo.

Eso, y que les dije que era el Cristo Rojo. Lo sentía como una cosa cierta. Acaso no enseña San Pablo, «ser como otro Cristo». Y mi intención era presentarme como un Cristo revolucionario. Por eso lo de Rojo. Mi grito «yo soy el Cristo Rojo» fue mi única respuesta a los golpes. Y me quedé quieto contra la pared…

**¿Por qué está internado en este sitio?**

Según los médicos debido a que estoy enfermo. Trastornos mentales. Yo creo sin embargo que la mayoría de la gente padece de trastornos mentales, incluso los propios médicos. ¿O acaso la mayoría de los que están en los almacenes y en las tiendas es gente de razón? ¡Ninguna! Y los médicos por ejemplo, el que más o el que menos padece de psicosis. ¿Y es que alguien sabe lo que es el alma, lo que es el intelecto?

Pero así como hay muchos delincuentes que han cometido delitos, y trabajan y no los tocan para nada, también una persona por más loca que fuera, si trabaja no la internan.

Cuando a mí me internaron, hacía más de una semana que estaba en la calle, sin comer, sin dormir. Me llevaron en ese estado desfalleciente a Villa Devoto, me tuvieron dos días, y luego me trajeron aquí.

Eso fue en el año 1942. Me aplicaron el electroshock. Se ve que querían sacarme la enfermedad del cuerpo. Pero yo no me quejo. De qué tendría que quejarme. Los médicos son buenos. Hacen lo que pueden. Recetan, dan consejos…

Y además, si me fuera de acá, ¿adónde iría? No tengo nada. No tengo a nadie.

**¿Cómo ubica su obra en relación al momento social y cultural en que fue escrita?**

*Molino Rojo* aparece en el momento en que se está preparando la revolución contra Yrigoyen. Las hijas de Ortiz fueron mis discípulas, en las clases que yo tenía como profesor de francés.

Culturalmente no existía nada. Sólo el movimiento Martín Fierro. Era una época de pobreza atroz. Yo vivía simplemente por casualidad. Mi casa estaba cerca de la de Gardel, quien me quiso sobornar para que hablara bien de él.

Una vez me balearon desde la Escuela Militar, Pienso si mi internación no habrá sido una medida divina para que no me mataran. Amaba el ruido de las

balas más que la novena sinfonía.

*Molino Rojo* tenía un título que atrapaba a los anarquistas y socialistas. Reaccionaban instantáneos ante el color rojo.

Se notaba en la ciudad un estado de demencia general. Y en *Molino Rojo* desde luego, hay una intención que empieza por la demencia; uno de esos poemas dice: «Demencia, el camino más alto y más desierto…».

Cuando escribí *Hecho de Estampas*, estaba en París. Allí había guerra entre los monárquicos y los otros partidos. En el fondo todos eran unos vagos. Y creo que por entonces y en esa ciudad, estaba prácticamente prohibido ser católico.

*Estrella de la Mañana* corresponde a la época más oscura que yo he conocido en este país. La gente era perseguida de la manera que ha sido establecida en el Apocalipsis.

**¿Cuál es esa demencia que se invoca en su poesía?**

Es la demencia en sentido total. Hay formas que obedecen a los nervios centrales. Y otras a los nervios periféricos.

Y puede ser también un castigo.

El que va a nacer elige ser bueno o malo. Eso también pasa hasta con las vacas.

Ahora bien, la mayoría de los dementes tiene la médula desviada. Cualquier enfermedad, aun el cáncer, es estado de locura.

Los médicos tendrían que seguir realmente las enseñanzas de Hipócrates, que hasta curaba con el fuego.

Y hay incluso gente que se alegra de estar loca.

La demencia debe ser vista desde un punto de referencia moral. Y a esa pobre gente que está en este hospicio, habría que darle buena comida; la comida es mala. Enseñarles a sentarse en la mesa, a no robar, a no blasfemar. Y cambiar fundamentalmente la higiene. En mi poesía invocaba la locura. Aquí se conoce la locura.

Ya estaban anunciados mis sufrimientos.

Yo soy el Jacobo Fijman que aparece en los textos de Nostradamus. Y ese día vi como un puñal.

Y me dije: «quién sabe lo que van a creer de mí; quién sabe lo que van a hacer de mí».

Pero yo nunca he querido ser dictador.

Ni matar a nadie.

Soy un santo.

**¿Se siente un enfermo mental?**

No. Rotundamente. No.

En primer lugar porque tengo intelecto agente y paciente. Y mis obras prueban que no sólo soy hombre de razón, sino de razón de gracia.

A pesar de este sitio, que como cualquiera se dará cuenta, no es el más adecuado para trabajar, he continuado en mi tarea, escribir poesía. Y es mi razón la que hace que entienda fácilmente las cosas sobrenaturales.

Los médicos no entienden esas cosas. Se portan fácilmente bien. Pero no pueden ser lo que no son.

Simplemente toman la temperatura de la piel. Dan pastillas, inyecciones, como si se tratara de un almacén. Y olvidan que en el fondo es una cuestión moral.

Y es que no conozco a nadie que pueda entender la mente.

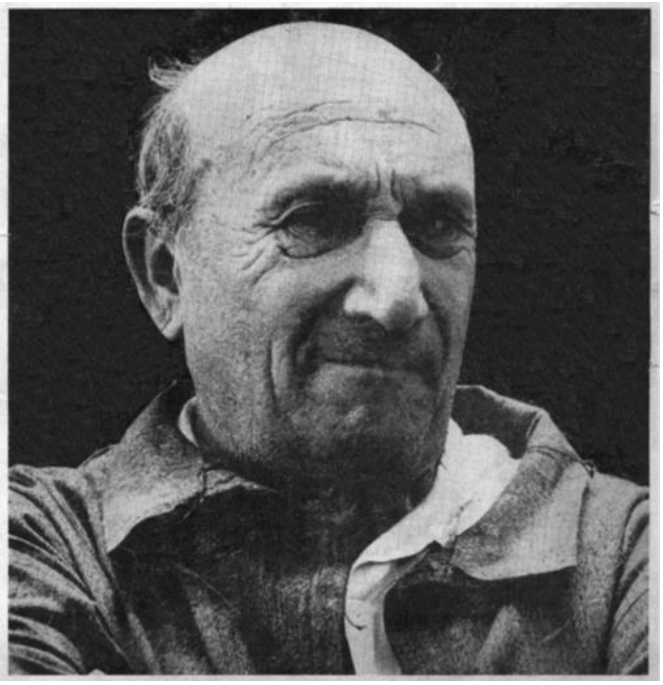
Sin embargo no los odio. Hacen lo que pueden.

Lo terrible es que nos traen para que uno no se muera por la calle. Y luego todos nos morimos aquí.

# > SAN JULIAN EL POBRE [RELATOS]

## Jacobo Fijman

DICHOSO EL ARBOL



JACOBO FIJMAN (Besarabia, 25 de enero de 1898 – Buenos Aires, 1 de diciembre de 1970) fue un poeta judeo argentino. Nace en Besarabia, en la actual Rumania, el 25 de enero de 1898. A principios del nuevo siglo emigra con sus padres a la Argentina donde se instalan en la provincia de Río Negro.

Pese a ser uno de los escritores más distinguidos de toda la vanguardia argentina, sus creaciones han intentado silenciarse de diversas formas. La obra de Fijman puede dividirse en dos partes bien definidas y a lo largo de ella puede notarse una evolución clara; pasando de un registro de vanguardia hasta alcanzar una poesía con marcados rasgos místicos. El propio poeta vivió un cambio espiritual que lo llevó del descreimiento absoluto a la creencia cristiana.

En 1917, luego de una residencia en la localidad de Lobos donde cursa sus estudios primarios, se traslada a Buenos Aires e ingresa en el profesorado de Lenguas Vivas y obtiene el título de profesor de francés. En 1921 ocurre la primera de sus internaciones en el Hospicio de las Mercedes. En esa época forma parte de la vanguardia literaria del grupo Martín Fierro, donde se vincula con Jorge Luis Borges y Oliverio Girondo. En 1926 publica su primera obra, el libro de poemas Molino Rojo. Ese mismo año viaja a París. Hacia 1930 se produce su conversión al catolicismo y publica su segundo libro: Hecho de Estampas. En 1931 aparece

Estrella de la mañana, tercera y última obra de su producción. A lo largo de esa década viaja por el país ejerciendo oficios diversos, entre ellos el de violinista ambulante. En 1942 es internado nuevamente y definitivamente en el Hospicio de las Mercedes, con diagnóstico de psicosis distímica. Muere en 1970 en el Hospital Psiquiátrico José T. Borda de la ciudad de Buenos Aires.

DICHOSO EL ARBOL

# Dos días

Hospicio de las Mercedes. Dicen que me han traído aquí porque estoy loco. Esto es imposible. Pensar que yo he perdido la razón, siendo una cosa de orden metafísico, trascendental. No puede ser. Además, he padecido hambre, sed, dormía mal, estudiaba mucho, quería mejorar a los hombres, tenía sentido del sacrificio, me redimía, amaba. No sé por qué, en una comisaría de la ciudad, me apalearon. En uno de sus calabozos se me encontró hablando de tonalidades, del origen de la especie, del superhombre y cantando La Marsellesa. Me había desnudado; quería ser como los hijos del sol, resplandecer de sencillez, de inocencia, de santidad.

De mañana, vino mi padre; vino hasta el calabozo, acompañado de un policía. Mi padre ha envejecido. Está más canoso. Tiembla. Tiene los ojos azules, más azules y tristes.

—¡Cómo, hijo!, ¿ayer te emborrachaste? Pobrecito, no es nada. ¿Para qué te desnudaste? —me pregunta con mucha ternura, con mucho miedo.

Yo no le digo nada. Entonces mi padre se echa a llorar.

El policía mira; tiene un aire seguro, tranquilo.

—Hijo, en la sala de espera está tu madre.

Yo no le digo nada. Interiormente sonrío y reflexiono: ¡Cómo!, ¿no sabrá éste que soy el superhombre? ¿No sabrá lo que todo el mundo: que tengo el cerebro de oro? Por eso me pegaron en la cabeza. No me la pudieron romper. ¡Y, cómo!, ¿no sabe que soy el Mesías? ¿No recuerda la sesión teosófica que le di anoche? ¿No le habló Kliguer, que es poeta y teósofo, de mi lenguaje de los dioses? ¡Cómo!, ¿y se olvidó de las tres piezas que toqué en el violín para recordarle quién era? ¿No recuerda de mi «Kol Nidre», de mi «Air» de Bach y de la «Marcha Fúnebre» de Chopin? ¡Y, cómo!, ¿no sabe que mi violín es de una antigua sinagoga de Jerusalén? ¿No sabe que soy el Anunciado? ¿No sabe que he escrito mi Tabla de valores?

—Vamos, hijo, vamos.

Fuimos a la sala, donde mi madre nos esperaba. El escribiente que toma nota de mi nombre, domicilio y profesión, lleva lentes. A su alrededor aparecen más policías, con su misma cara rosada, mofletuda; con sus mismos lentes, con sus mismos libros, donde anotan los datos, con la misma lapicera.

Ahora todos me miran, me observan, sin duda para no olvidarme.

De pronto, el escribiente interroga:

—Profesor de violín, ¿no?

Ahora interrogan todos: «Profesor de violín, ¿no?», y anotan lo mismo. Yo pienso: Je. ¡Profesor de violín! Gente estúpida, todavía cree en la división del trabajo.

Al rato, salimos. Es un día de sol, caluroso, 23 de enero. La ciudad está silenciosa: sin duda la gente ya sabe que no me gusta el ruido.

—Vamos a tomar un auto, hijo —dice mi madre.

—No, yo no voy, no, no —contesto.

Y aprieto a los dos contra mí de un modo que los hace estremecer.

No quiero ir en automóvil después que he escrito mi Tabla de valores. El auto es un elemento de civilización. Yo no quiero debilitar mis pies; yo no quiero el progreso. Yo quiero la caverna del hombre primitivo; quiero a Eva; quiero la llanura; quiero el sol.

Después, les digo:

—Vamos a lo de Alberto, a mi casa de Alberto.

—Nosotros no la conocemos. ¿Adónde nos llevas?

La ciudad está cambiada, pero reconozco el camino. No sé cómo, me acuerdo de los pájaros. Los pájaros tienen sentido de orientación; aunque la ciudad ha cambiado tanto, me digo: Encontraré la casa de Alberto.

Camino y camino. En efecto, la ciudad ha cambiado. Hay otra luz en la ciudad, velada de un color de fuego transparente, de seda. Estoy, sin duda, en otro plano.

Mi padre, con sus ojos azules, y mi madre, que tiene la cara torcida por una alteración nerviosa, me siguen. Siguen un fantasma. Se detienen y me aconsejan:

—Volvamos a casa; a nuestra casa; no seas malo.

—No, casa de Alberto —contesto, y los obligo a seguir.

Veo el reloj de la joyería de Alberto. Veo la tabla negra del letrero, que me sugiere la idea de que los de la casa han muerto, que han desencarnado, que se han vestido con el traje de la eternidad. Precisamente, el padre de Alberto estuvo hablándome del «Ayer».

—Buscas tu Ayer —me dijo.

Como es pelirrojo y sanguíneo, se me ocurrió, de improviso, que tiene el color de los ladrillos que hacían los esclavos faraónicos. Vi en él algo de Triángulo. Me eché a llorar. Este hombre sabía mi angustia. Sabe que busco un sentido a la muerte. Sabe que soy el Anunciado. Lo sabe todo. Es Salomón. Los dos nos hemos encontrado. Yo soy Moisés: he aquí que mis manos tienen el cayado del profeta. Con él voy a alucinar a los que pegan a mis judíos. Somos dos antiguos que se han encontrado. Ahora, creo que el viejo me cuenta una parábola. Es verdad, al padre de Alberto le gusta hablar de parábolas y contar leyendas de la antigüedad.

Empieza a llover.

—Es fiesta —dice el padre de Alberto con un acento de nostalgia, lánguido, imprevisto.

Llueve ópalo, azul, oro, violeta. ¡Je! Estoy en Jerusalén. Ya estamos en Jerusalén. Salgo corriendo de la casa de Jaime Berg, padre de mi amigo Alberto, Debo anunciar algo: leer mi Tabla de valores. Soy el Anunciado. Voy a darle un abrazo a Kliguer, el poeta teósofo que muchas veces me ha dicho que soy más anciano que él. Tenía razón. Soy el Mesías. Anunciaban que vendría después de la guerra.

He visto a Kliguer en la redacción del «Ydische Zeitung». Me recibe en su gabinete de corrector de pruebas. Le hago «señas».

—¿Hablas el lenguaje de los dioses? —me pregunta.

Sigo haciéndole señas.

—¡Qué lástima que no tenga una flor para darte!

Sigo haciéndole señas.

—Bueno, ve, anda, si no quieres decir nada.

Entonces le hago un gesto significativo, como diciendo:

—Kliguer, te espero mañana en las barricadas. —Y golpeando el suelo furiosamente, salgo de la redacción.

Son las cinco de la tarde. La tarde es turbia. Ha refrescado.

Ahora voy a lo de Giacosa con un candado sobre la puerta. Ya debe de estar preso. La policía ya sabe que mañana estalla el caos. Me echo a reír y grito:

~¡Yo soy el anunciador de la tempestad!

En la calle hay poca gente. Se cierran las casas de comercio. Camino por la calle Corrientes, risueño, gozoso. Veo un judío de barba; usa patillas de patriarca, anteojos negros; viste de levita negra. Lo reconozco. Es el padre de un muchacho sionista. Se llama Stein.

—¡Ah!, si él supiera que yo soy el Mesías.

Ya lo he perdido de vista. Sigo caminando. En la trastienda de una sastrería hebrea están dos sastres que parecen ser los dueños, y Moicha, un conocido violinista de piezas típicas de casamiento. Los dos sastres son morenos, afeitados, gordos; usan anteojos de carey, son de mediana estatura, algo encorvados; Moicha, el violinista, es rubio, calvo, flaco, rasurado; lleva una vieja levita de un negro desteñido que tira a verde. Ninguno de los tres me conoce, pero yo sí los conozco; los he observado muchas veces. Están examinando un violín; me parece que Moisés también se dedica a revender violines. Me detengo y los miro. Después me acerco a ellos. Pido el violín. Me miran curiosos, asombrados. Pruebo el violín cual un consumado luthierista, golpeando en la tapa y aplicando el oído por si se percibe la vibración simultánea de las cuatro cuerdas.

Dicen en yargón:

—Parece que entiende.

Me hago el ingenuo y les digo:

—Este es un instrumento hebraico.

—Sí, sí —dice uno.

Y otro, en yargón:

—Sabe, sabe.

—Hoy es día de la raza, ¿no? —les pregunto.

Todos me miran azorados. De pronto pego un formidable puñetazo sobre el mostrador, gritando:

—¡Llegaremos!

Ellos tres gritan horrorizados:

_¡Está loco!

Salgo corriendo, lanzando carcajadas terribles, ásperas, sarcásticas. No saben que soy el Mesías. No me presienten.

Todavía tienen miedo. Esperan. Sigo caminando. Ya he caminado un trecho enorme. Estoy cerca del barrio de Flores. Ahora me voy a leer mi Tabla de valores a Enriqueta Gómez, una grande alma solitaria. No sé quién la llamó Luisa Michel o la comparó con ella. Me parece que estoy enamorado de Enriqueta. Tengo que leerle mi Tabla. Se alegrará mucho. Hace tiempo que no la veo. Además tengo que decirle que estoy enamorado de Carolina Mendoza. Ella debe de conocerla. Algo tengo que contarle. Carolina es una muchacha rara; le gusta enamorar a los hombres y después volverles la espalda, como hizo con mi amigo Berman. Posiblemente, si Berman no se hubiera enamorado, ella seguiría siendo su amiga. A mí me tiene miedo. No me tiene odio. No, a mí me ama. Tampoco. Conmigo le gusta hablar sobre pesimismo. Carolina es escéptica, amarga, pesimista. Carolina sabe más que el padre, un abogado que no ejerce, tolstoyano, que cree en la moral, no cree en Dios, es enemigo del Estado y ha publicado sobre moral veintidós

tomos. La madre de Carolina es una mujer pequeña, flaca, neurótica. Habla de melancolías, de flores, de la provincia natal y es enemiga del matrimonio. Ahora vive sola con Carolina. Odia al marido. Él, a su vez, también la odia. Todos ellos se odian. Me causan risa. Carolina tiene unos hermanos pelirrojos que la detestan. La llaman perversa. Son bolcheviques. Trabajan en una fábrica. Hablan mucho. Dicen cosas disparatadas. Son pelirrojos e impulsivos. Pero ya amo a Carolina. Voy a decírselo a Enriqueta Gómez, que me comprende. Pero también estoy enamorado de Sofía y compadezco a Emma. Amo a Sofía desde que hablé con ella en la Maternidad. Tiene ojos de ensueño. Me acordé de Schumann. Oí música. Consulté con ella sobre Carolina.

—Yo soy muy franca —me dijo—. Esa muchacha tiene más inteligencia que sensibilidad.

Siento que me vienen desmayos. Sofía me mira con sus ojos de ensueño. Estoy enamorado. Me muero. Oigo música de Schumann. Estamos enamorados. Entra Emma con su hermana, que practica en la Maternidad. La hermana nos dice, sorprendida:

—¡Oh!, ¿qué les ha pasado?

Sofía y yo estamos en silencio.

Me voy con Emma. Emma está triste; ama y no ama. No quiere casarse con un judío de Entre Ríos porque es ordinario, bruto, feo.

—Me consolaré con ser madre —va diciéndome Emma.

Emma es buena y fea; quiere estudiar medicina.

—La vida para mi no tiene objeto.

—Para mí, sí —le contesto.

—¿Por qué? —me pregunta.

—Porque dos y dos son cuatro.

Pasamos cerca de la Penitenciaría Nacional. Me parece que hago una seña. Con ella quiero decir: «Mañana, a primera hora, larguen los presos. Mañana Beethoven dirigirá en el estadio la Novena a coro». Emma me habla de Fanny.

Fanny me quiere mucho. Es rubia, tiene ojos azules; dice que soy un tipo original. Fanny me ama, me adora, me comprende. Voy a decírselo a Enriqueta Gómez para asombrarla.

Un día me preguntó si alguna vez estuve enamorado. Una noche volví cansado de vagar y soñé que Enriqueta Gómez me daba un abrazo de alma, un abrazo inmanente, un abrazo de alma extraordinaria.

Ya estoy en la casa de Enriqueta Gómez. Sale una señora de luto. Me dice que Enriqueta Gómez no está. Me siento sobre un montón de ladrillos a esperarla. Yo venía a anunciarle que mañana estallaba la revolución; pero ella debe de estar preparándose, si es que no está en la cárcel. Pero necesito leerle mi Tabla de valores para que tenga ánimo en las barricadas.

Ya son las nueve de la noche. El cielo es claro; las estrellas brillan. En todas partes levantan barricadas. Una alegría cósmica inunda. El ambiente está perfumado. De pronto, unos niños se acercan, y me tiran piedras. Me echo a caminar. Sólo encuentro mujeres de los negros, ojos tristes de horror. De fijo que es la hora. En este momento anoto no sé qué impresión en mi Tabla. Me encuentro con unas mujeres hermosas, divinas.

—¡Oh, un poeta! —exclaman y se acercan para observarme. Miro el cielo. El cielo está cada vez más azul, más alto, más lejano. Camino y camino.

Estoy cerca de Palermo. Es verdad que soy Beethoven y tengo que dirigir la Novena Sinfonía. Ya los músicos están reunidos. Visten de negro. Visten de negro, porque saben que es el color que más me gusta. Hay un gentío enorme. Ruido, mucho ruido. Los fulmino a todos con una mirada amenazadora, lanzando rayos, anatemas. No saben que soy Beethoven. Los músicos están preparados. Empiezo a dirigir a distancia. Ahora todos escuchan en un silencio religioso. Algo trágico, milagroso, presienten. Después de la Novena, pienso, sólo falta consumar la gran obra: la Revolución Social. Yo soy Beethoven; «Ayer» usaba trapo rojo; hoy soy el mismo. Soy el Cristo Rojo. Por fin termina la sinfonía. La multitud estalla en aplausos, delira. Se oye un trueno. La gente escapa. Alguien grita:

—¡Es dinamita!

Hay un desbande. Alguien me ha tirado una flor roja. Ese alguien me ha reconocido.

—Es la hora —pienso—. Yo soy el Cristo Rojo.

Los rayos se desdoblan en el espacio. Ya no hay estrellas. Ya no hay gente. Llueve.

Me vuelvo a mi casa. El portón negro del palacio en que vivo se abre empujado por una mano misteriosa. Ah, sí, ya sé, es Chernichevski, el espíritu del jefe de los nihilistas, que me abre la puerta. Entro a mi casa. Todos duermen. Duermen en el suelo; se explica, hace calor, mucho calor. De pronto, me detengo a contemplar a mi hermanita Fedora. Todo su cuerpo es blanco, de mármol, de diamante. Veo sus envolturas astrales. ¡Dios mío, la inmortalidad del alma es un hecho! Ahora, por fin, siento la alegría de vivir. No se muere nunca. Se «es» eternamente. Bienaventurados todos nosotros. Aleluya. La vida tiene sentido; la muerte tiene sentido; todo tiene sentido. Pienso que todos los cuerpos de mi casa contienen espíritus antiguos, superiores. Evohé, toda Grecia está en mi casa.

Tengo sed. Es verdad que hace varios días que he decidido no comer, porque eso de comer es cosa de bestias. No hay que ser bestia, Hay que ser un dios, algo más y siempre más.

La canilla de la pileta resplandece. Me digo: «Es de oro». Ahora todo es de oro. Se explica; yo, el superhombre, encontré la piedra filosofal. La piedra filosofal la descubrí en el sonido. Soy el alquimista de los sonidos. Ahora todo es de oro puro. Todo se ha purificado. Todo brilla. Ha llegado la hora del alba eterna, del alba esperada. Homero ha vuelto a reencarnarse para mi fiesta. Pues bien, bebo. Bebo agua. Son las últimas gotas de agua que beberé, nada más que para limpiar mis órganos de oro, los órganos eternos; los órganos que no saben del bien, ni del mal, ni de la virtud, ni del pecado; los órganos del Integral, del Superhombre.

Entro en la cocina. Está clara, limpia. La lamparilla eléctrica es de color rojo y amarillo. Debe de ser una comunicación de Moscú. Recibo noticias secretas que contesto.

La luz recta de un reflector, con un aliento monstruoso, enfoca la ciudad. Recuerdo a mi Jerusalén. Estoy percibiendo aromas, incienso. Mí cuerpo exhala, poro tras poro, aromas distintos y penetrantes. Estoy en la gloria. Desde el fondo de mi ser me brotan aleluyas. Mi ánimo se resuelve en misticismo. No me entiendo. Tengo la certeza del otro espacio, del otro. El alma existe. Dios existe. Yo existo. Nada muere.

Un instante después me limpio la boca con una papa. Mis dientes están blancos, blancos muy blancos. ¿Qué más quiero? Sólo habría que comer papas. Mi

amigo Berman estuvo un tiempo comiendo papas y dedicándose seriamente a reflexionar.

Soy feliz. La felicidad es mía. Tengo paz, seda, dulzura en mi sangre. Ya no soy pesimista.

En eso entra mi madre.

—¿Qué haces? —interroga.

—Mire, mire: ¡qué limpia tengo la boca!

—Es cierto. —Y luego agrega—: ¿Dónde has comido?

Yo por toda respuesta sonrío; sonrío misteriosamente. No, no; desde luego mi madre no sabe quién soy yo. Lo que me asombra en ella es su lenguaje de compasión y dulzura para conmigo:

—Bueno, vete a dormir —me ordena.

—Después.

Ella se va meneando la cabeza, pensativamente. Todo está en silencio. Me deslizo como una sombra y salgo. Tampoco dormiré más. Ni comer ni dormir, nada de las dos porquerías.

Estoy en la calle. Camino. Recuerdo que debo estar en mi «soviet». Mi «soviet» está compuesto por Pardo, Berman y Soria. Los tres ilustrados. Los tres son revolucionarios. Los tres son pesimistas. ¿Cuál de los tres es más pesimista? Pardo, porque ama el color gris y tiene ojos tristes; pero cree en el amor. Berman no cree en nada, pero tiene pasiones con alternativas que dan miedo. Soria está casado. El pesimista soy yo. No; el pesimista es Enrique Pitzberg, un muchacho medio feo, con algunos dientes de menos y atacado del mal metafísico. No cree en nada; todo está mal; todo es inútil; los hombres son perversos; las mujeres son idiotas. El universo está mal construido. Tales de Mileto se equivocó en su teorema sobre la construcción del mundo. Todo es imperfecto. La perfección es inútil, porque Kant, porque Fichte; porque Descartes; pero Bacon, pero Sócrates, pero…

No, éste tampoco es pesimista. Y, aunque lo fuera, no lo entiendo. Pesimista es Tartessi. Tartessi es un muchacho que se le ha dado por usar barba. Es un temperamento apasionado, latino; y es neurótico. Lo es su madre, su hermano el

violoncelista y sus hermanitas. Él está en pleno pesimismo. Lee a Leopardi, el Eclesiastés; pero estudia el yargón, porque se ha enamorado de una violinista judía. Ahora ya no está enamorado. Quiere irse a Norte América, a Italia o al campo. No, tampoco Tartessi es pesimista. Pesimista es un exfraile amigo mío, un tipo erudito, vagabundo. Lee mucho; y come donde puede. ¿Dónde estará? Debe de estar también preso, porque dijo el otro día a voces:

—Moscú es la capital del mundo.

—Montenegro —le dije— cuando llegue la hora, habrá que matar, matar a muchos, sin miedo, sin piedad.

—¿Matar? Yo no sé matar —me contestó.

—El que no mata en la hora de la revolución, la hace fracasar.

—Yo sólo aspiro a ser comisario de instrucción pública.

He notado que casi todos los eruditos aspiran a lo mismo. Se creen que porque saben latín y griego deben regir los destinos de la cultura. ¡Qué bestias! Son los que dicen: «Hemos llegado demasiado tarde» y quieren volver a la Edad Media o al Renacimiento. Son unas bestias. No tienen sentido histórico. No sirven ni para esta época ni para los tiempos de Maricastaña. Ah; pero Montenegro lee a Stirner y a Nietzsche. Es un tipo disolvente. Ha sido fraile y, desde luego, es un peligro para la revolución. El hábito de la hipocresía, de la simulación, no se saca así nomas; queda, está prendido de cada nervio, de cada arteria, de cada mano. Montenegro es una bestia. ¿Para qué usará esa capa y esa barba que lo hace semejante a Stendhal? Por economía. Por taparse la mugre: la capa; y la barba, efectivamente, por vanidad. Pero Montenegro entiende mucho de pintura. Es uno de esos tipos que hablan mucho de estética en los cafés y que tan bien han pintado los Goncourt, (Los Goncourt no hablarían mucho, pero escribieron mucho, demasiado). Ah, pero el pobre Montenegro también busca algo. Es un atormentado. Tengo que iniciarlo en teosofía y estará salvado. ¿Pero dónde está Montenegro? ¿Y Kerchman, el pobre vagabundo judío, sin hogar, sin amigo, sin nada? Dicen que tiene talento, Su cabeza es blanca; sus ojos dulces y la cara rosada. En verdad, es inteligente. Kerchman es un pesimista, un doloroso, un atormentado. Él es el único que no cree en la revolución ni en los revolucionarios. Los odia, los desprecia, los compadece. Kerchman se ha ido lejos, muy lejos. Quizás a pie, cantando una lamentación de las que oyó en las estepas.

Ya se inició el nuevo día y estoy en la calle. A eso de las diez me encuentro con Boris Goldman, un muchacho de cara pequeña y movimientos bruscos. Toca el piano y está componiendo una sinfonía para mil músicos. Es un muchacho que, según el padre de mi amigo Alberto Berg, tiene mucha memoria; entonces es posible que no se olvide de componerla. Me habla y se me ocurre no contestarle. Se va disgustado. Ahora resuelvo, no sólo no comer ni dormir, sino también no hablar más. ¿Y para qué es, pues, mi lenguaje de los dioses? Soy el Superhombre; el Mesías.

Después he visto a Berman, al padre de Berman, un hombre silencioso y bueno. Me habla y no le contesto. Encuentro a Soria, a Pardo, y a Muñoz, un muchacho anarquista con todos los defectos de tal; y encuentro a Tartessi. Todos me hablan y no les contesto. No debo hablar más el lenguaje vulgar y tonto. Soy, pues, el Superhombre.

Llega la noche. Recuerdo unos terribles golpes sobre mi cuerpo, una comisaría, gritos, cantos, ¡qué sé yo!… Ah, es verdad, estoy en la casa de mi padre Jaime Berg. Él me había abandonado en Rumania; una de esas cosas que ocurren en el mundo: un devaneo, un amorcillo. Samuel Lejtman no es mi padre; él sólo me ha criado. Mi madre adoptiva me sacó de la cuna. Con razón la que yo creía mi madre no tuvo hijos durante nueve años. Por eso me adoptaron. Todo termina bien. Estoy en la casa de mi padre Jaime Berg, mi verdadero padre. Pero a las tres de la tarde vamos a lo del psiquiatra José Ingenieros, a discutir posiciones revolucionarias. Veremos cómo se resuelven. Nos acompañan Samuel y Alberto; yo voy con mi padre Berg.

Entramos a lo de Ingenieros. Le hacemos unas señas misteriosas que comprende y contesta. Ya sabe quién soy y quiénes somos. Nos despedimos. Al despedirnos pego un golpe con el pie, y grito:

—¡Yo soy el Cristo Rojo!

Ingenieros me golpea el hombro, diciendo:

—Eh, amigo, aquí no se grita.

Está bien, comprendo, es una orden para las barricadas.

Salimos. Toda la ciudad arde. Es el gran día. Pasamos por la escuela Roca. Oigo cantar el himno de los trabajadores. Veo piedras rojas: barricadas. Grito:

_¡Viva la revolución social!…

—No grites —me interrumpe papá Berg.

Bueno, la revolución está hecha.

Hemos vuelto a la casa de mi verdadero padre. La casa está en silencio y triste.

—Ahora, a dormir —me dice mí «verdadero padre» que me lleva al cuartito donde duerme Alberto. Allí me desnuda y me hace acostar en una cama plegadiza. El cuartito es oscuro. Hay muchos baúles. No hay dónde moverse.

—A dormir, a dormir —me dice por última vez y se va, bajando una escalerita de hierro.

Ya no oigo sus pasos. Duermo. A los pocos minutos me despierto, y me siento sobre la cama. Hace un calor insoportable. Tengo toda la sangre en la cabeza.

—¿Dónde estoy? —pregunto.

Nadie me contesta.

—¿Quién me ha traído aquí? —vuelvo a preguntar.

Anoche me pegaron en la comisaría, recuerdo; aquí tengo algo, adentro, en la cabeza. Me pesa y no me pesa. Todo es rojo. Veo mal, distingo mal las cosas. Vuelvo a acostarme, pero no me duermo.

Viene mi verdadero padre y me dice:

—Tienes que tomar esto —y me ofrece un líquido en una cuchara.

—No, no quiero.

—Toma, toma, te lo manda Ingenieros.

Miro el líquido que contiene la cuchara. Es rojo. Ah, sí, debe de ser una receta «bolchevike» que me manda Ingenieros. Pruebo; es dulce. ¡Qué porquería! Ingenieros debe de haberme «tomado el pelo». Ingenieros es una bestia. Debe de

ser la cuchara que les da a sus iniciados de «La Siringa».

—Bueno, a ver si por fin te duermes —me dice papá Berg.

Duermo un rato. Oigo la voz de mi hermano que está abajo. Mi verdadero padre le pregunta a mi hermano David:

—¿Tenía muchos amigos?

—Yo no sé. Creo que sí. Del que siempre hablaba era de Berman. Berman de aquí Berman de allá. Para él no había mejor amigo que Berman.

Hablan de mí como si hubiera muerto. Vuelvo a dormir unos minutos.

Abajo hablan dos mujeres; la señora de mi verdadero padre y una que, por la voz, se me figura que está vestida de luto.

Dice la señora de luto:

—Y bien, ya que murió, que en paz descanse. ¡Qué lástima! Tan joven…

—Murió anoche. ¡Qué se va a hacer! —añade la señora de mi verdadero padre.

De manera que estoy muerto. He muerto anoche. La paliza que me dieron era para hacerme desencarnar. Ahora lo comprendo todo.

Oigo llorar a mi amigo Alberto. Verdaderamente estoy muerto. Me consuela, no obstante, pensar que estoy vivo, que la inmortalidad del alma es un hecho. Estoy flotando en el cuarto.

A media noche veo que mi hermano David está cerca de mi cama. Me está velando. Me duele el estómago. Bajo las escaleras. Vuelvo a subir.

—¡Je! Mi hermano no se ha dado cuenta.

Ha estado velando mi cadáver. Ha bajado, y ha vuelto a subir «mi fantasma».

Duermo. Me despierto preguntando por Rosa, una amiga mía.

—Yo soy David y no Rosa. Duerme —me contesta mi hermano.

¡Qué raro es todo! Este cuarto suspendido en el aire, no sé cómo, se sostiene. Los baúles son sospechosos. Ah, sí: uno es para mí; y el otro es para Alberto, Nos vamos en aeroplano a Moscú, porque el gobierno de aquí nos persigue. No, me iré con mi «padre». Él no se llama Berg; él es Trotzki. Va y viene de Moscú cuando le place. Yo soy Lenin. Ahora todo se explica, se aclara.

De mañana viene a verme la señora de mi padre. Me habla con dulzura, y me «ceba» mate.

—¿Está bien el agua? —me pregunta.

—¡Más caliente! —le contesto.

—Bueno, voy a calentarla.

Al rato vuelve.

—Y ahora, ¿le gusta?

—¡Más caliente! —le grito.

—¡Pero, si está hervida!

—¡Más caliente, más caliente! —le grito repetidas veces, lanzando terribles carcajadas.

Ella se va, o no sé cómo desaparece. Todo pasa como en un sueño. Los dioses están contándome un cuento shakespeariano.

Sobre la mesa de mi cuarto hay una lamparita azul con el tubo roto. Reconozco la lamparita; Samuel Leftman me la tiró una vez, porque nos enfadamos…

Instantes después viene Samuel. Me limpia la cara con un pañuelo que huele a tabaco, a miseria, a no sé qué.

—¡Fuera, fuera! —le grito.

Él llora, llora como un niño.

Vuelve a acercárseme; le doy un puñetazo. Se va.

Después viene Neje, la que me ha criado, mi madrastra.

—¡Fuera! Tú quieres plata, sólo quieres plata.

Ella llora. Aquí todos lloran. Todo el mundo llora. Se va.

Este cuento de los dioses es muy triste. Es como la vida…

Luego sube Rebeca, que viene con la sirvienta; pero no es la sirvienta, es Luisa, una amiga de mi infancia, que hace diez años que no veo y que ha venido de Norte América a visitarme. No, es Lina, una amiga mía de Mendoza. No, es Octavia. Rebeca me da los buenos días y se va. Se va Luisa o Lina u Octavia. Lina se parece a Cristo. Es rubia; tiene ojos azules. ¡Cómo cambia el tiempo hasta las fisonomías! Ya no están en mi cuarto. Se han ido. Se oye sonar el piano. Mi padre grita. Es la hora de comer. Alberto llora. No comprendo. La voz de Samuel me dice:

—Israel, ¿quieres comer con nosotros?

—No. Yo no bajo. ¡Yo subo! ¡Vivan las alturas!

—Mire, Berg. Nuestros hijos, nuestros, ya no son judíos; no nos sabrán rezar el «Kadisch» —le oigo decir.

—¡Cómo! ¿No dijiste tú que cuando murieras te levantarías de tu sepulcro para rezarte tú mismo el dichoso «Kadish»? —le digo.

Todos ríen.

Ahora duermo. Duermo profundamente. Estoy en el Egipto. Me han encerrado en la Esfinge. Debo colgarme de los anillos de Saturno para salvarme. Ya estoy colgado. Soy un caldeo que observa las estrellas.

Ya estoy en el espacio. Los anillos de Saturno me han salvado. ¡Qué lejos está la Tierra! ¿De qué encarnación me acuerdo? Estoy saturado de una luz azul. Sólo me falta la escala de Jacob. Me he salvado. Mi salvación es eterna. ¡Cómo canta el mar, un mar que debe estar lejos, entre unas nieblas de ensueño!

Ha pasado tiempo, mucho tiempo. ¿De qué? No recuerdo. ¿Para qué ha

pasado el tiempo? Ya es tarde para volver; pero volver, ¿a dónde volver? No lo sé.

Deben de ser las dos o tres de la tarde. Me despierto para dirigir las barricadas.

—¡Yo soy el Cristo Rojo! —grito azuzando al pueblo enloquecido.

Desde aquí veo que Enriqueta Gómez lleva la bandera roja. Estamos en la plaza. Dirijo la batalla. Hay olor a pólvora. Suenan las ametralladoras. Pisoteo y grito como un endemoniado.

Estoy otra vez en cama. Me han herido. Estoy agonizando. Viene a verme un médico. El médico me examina. Según parece, no sabe lo que tengo.

Ahora está a mi lado Alberto, que escucha mis aventuras.

—¿Te acuerdas?, me caí al agua, allí, cerca de la Asunción… Me salvó Tomás Mendoza, un militar, camarada del coronel Jara. Me sacó del agua por los cabellos. Mi canoa chocó contra un vapor. ¿Cuándo trajeron mi cadáver?

Alberto se desternilla de risa. Me habla de no sé qué cosa. Pero ahora descubro que yo estaba equivocado. Alberto Berg soy yo; él es Israel Lejtmar, Yo tengo esa enfermedad del corazón; yo uso lentes; yo soy gordo; yo soy hermano de Rebeca. Yo he estado esperando que mi madre volviera de Europa, donde la ha sorprendido la guerra. He llorado mucho, mucho, por ella. Me saco los lentes y los limpio. Me los vuelvo a poner. Israel Lejtman se va.

Ya es de noche. Sube mi «padre».

—Vístete —me dice.

Y él mismo me viste.

—Vienen a buscarte unos amigos en auto.

—Será Pardo —pienso.

Estoy vestido con mi traje negro. Mi «padre» no encuentra mis zapatos.

—Vamos así, no importa. Total vas en auto.

Abajo veo un bombero. Una lamparilla eléctrica brilla en la joyería. El bombero está acompañado de dos amigos que han venido del puerto Murtinho, del Brasil.

Le grito a uno:

—¡López!

—¡Wilhelm!

Me abrazan y me llevan fuera. Subo a un auto. En el pescante se sienta Israel Lejtman. Mi padre Berg se va. Creo que llora. Se cierra la puerta de la joyería. La ciudad tiene mucha sombra. Todas las sombras de la ciudad se mueven, se contraen. Canto trozos de ópera. Los tranvías se detienen al paso de nuestro auto. Por una larga avenida entra la ciudad de Asunción del Paraguay. De pronto el auto se desvía…

Pienso: «Nos han traicionado. ¿Quién?, no lo sé».

Estamos en el manicomio.

—¡Oh, miren, un loco! —grito señalando a un sujeto. Esta es la casa del loco Cabred. Allí está el árbol de la ciencia del bien y del mal.

El auto se detiene. Me bajan teniéndome de las dos manos.

Dice un policía:

—Aquí traemos a un individuo que dice ser el Cristo Rojo y que padece del mal de la anarquía.

En la puerta hay dos loqueros. Un médico ordena, tranquilamente:

—Pásenlo.

Me desvanezco. Estoy muerto…

Pero a media noche…

[Publicado por primera vez en el diario Crítica, suplemento Magazine (páginas centrales), Buenos Aires, lunes 3 de enero de 1927]

## La voz que dicta

Día de invierno. Cinco de la mañana. Aúlla el mar.

Camino desesperado por la escollera gris y fría. Una lucidez extraordinaria domina mi espíritu; pero mis pies están helados. Se diría que he cometido la locura de ponerme zapatos de hielo. Mis pies están helados; apenas obedecen a mi voluntad. Ahora siento circular en mí una avalancha de ideas claras, risueñas, como nunca.

Me aseguro a mí mismo:

—Todo el mundo duerme; pero yo estoy despierto.

Ningún deseo grosero entorpece mi sentimiento.

Abarco la ciudad pequeña y detallada irregularmente; torres, casas altas y bajas, luces, el mar, el cerro.

El viento, que hace aullar al mar, sacude, contrae, retuerce los árboles de ramas secas, y se reparte armoniosamente, en perspectiva.

Pienso en mis dos amigos, a quienes nunca les hablo ni de mis hambres ni de mis sueños: Mario Funes, alto, fornido, de ojos castaños enfermizos, que a pesar de sus treinta y cinco años y sus nueve hijos, es un divino solitario; Enrique Gabriel, hombrecillo de ojos brillosos, finos; semblante redondo, pálido, chupado por la vida de meditación. Funes me ha explicado días atrás el significado de «los candelabros del Bautista», mientras Gabriel y un marino, que siempre cuenta aventuras amorosas, sonreían irónicamente.

Una gran lucidez domina mí espíritu, y mi negra, constante preocupación de la muerte, se transforma en alegría, en infinita, en cósmica alegría.

En un café próximo al puerto, juegan al billar dos individuos. Un vagabundo sucio, despeinado, que está de pie, a cierta distancia de los jugadores, se rasca y pone en el juego una atención cómica y desesperada.

Me siento en una silla. Miro la pizarra en donde está escrito un número entero y una fracción; indica la hora en que empezó el partido. Dos filas del contador están desordenadas.

Ahora duermo. La lucidez, visión sobrenatural, con una persistencia de imagen, sigue dominando mi espíritu; no se altera. Duermo con el cerebro despierto.

Una voz me dicta (la voz que dicta).

—Seríamos felices si no tuviéramos el sentido del tiempo; divinamente felices.

Duermo con el cerebro despierto. Mi cansancio se abandona a lo inesperado. Alguien ha encendido los «Candelabros del Bautista» y da vueltas alrededor de un tiempo peligroso, opresor; estremecido de alegría y locura.

Me sacuden violentamente.

Gritan:

—Aquí no se puede dormir. Parece mentira. ¡Un hombre joven!

En la mesa de billar rueda la bola roja, salta y cae sobre el piso de madera cubierto de aserrín, puchos y escupitajos.

—¿Lo ahorcaron? —pregunta uno de los jugadores, que lleva bufanda negra, bien envuelta al cuello.

Son unos bárbaros los… sanguinarios, inquisidores. Nadie debe matar a nadie. A eso le llaman justicia, comenta su acompañante.

Habla, sin duda, de un proceso.

«La voz que dicta» me interroga.

—¿Aversión?

Los jugadores han interrumpido el juego.

Permanecen en silencio, mudos; con los ojos fijos, inexpresivos, muertos.

«La voz que dicta» prosigue: nadie.

—No sentía aversión por nadie. No sentía nada por Prefería huir de las compañías humanas.

Vuelven a sacudirme violentamente. Miro. Es el patrón. Sus hombros, sus manos de sapo, blancas, rosadas, callosas.

Ordena:

—Fuera, atorrante. ¡A trabajar! Parece mentira. ¡Un hombre joven, lleno de salud!

(Hacía poco que me habían dado de alta del manicomio, en Buenos Aires).

Salgo. Mi paso es lento, inseguro.

Las calles siguen húmedas, frías. Camino durmiendo; mi cerebro está despierto, pero mis pies helados.

En el fondo de mi ser recobro la lógica; asocio ideas maravillosamente, en un estilo extraordinario, sobrenatural.

«La voz que dicta» se quiebra como un vidrio y se divide en muchas voces: se sinfoniza.

Una de las voces dicta:

—Por este motivo.

Otra:

—¿Cómo era que no hablaban sus personajes?

Otra:

—No.

Otra:

—Se explica.

Un golpe duro, como un hachazo, me hace volver a la realidad. He chocado con un árbol que tiene las ramas limpias, peladas. Una opresión en el pecho me hace pensar si no estoy enfermo.

Interrogo al árbol y escucho «las voces que dictan».

Una voz:

—No tiene cabellos.

Otra:

—Ni voz ni nada.

Se me aparece Funes. Sonríe. Declara, resolviendo como una clave, el significado de las voces:

—Es tan puro que no sabe de la desnudez todavía…

Un borracho, en una esquina, grita:

—¡Viva las mulas del Estado!

En efecto, pasan los carros tirados por mulas. Dan la sensación de rascar piedras.

Duermo. Una lucidez ardiente domina mi espíritu; pero mis pies están helados.

Una de las voces dicta:

—Detestaba su cuerpo desproporcionado y feo.

Recuerdo una narración interrumpida que oí hace varios años entre dos mujeres turcas, vestidas con trajes pintorescos.

Estoy cerca de un mercado. Gente que va, gente que viene. Una de las voces dicta:

—Todavía no ven.

Otra:

—Están ciegos.

Otra:

—Hay que modelarles los ojos.

Otra, piadosamente:

—No sabrían caminar.

¿Por qué me acuerdo de Teresa? Su hermano Ricardo me ha escrito que ella se casa muy pronto. Sufro amargamente.

Una de las voces dicta:

—¿Celos?

La oscuridad de la calle me despierta. Todas las luces están apagadas.

Ahora las voces se reducen a una sola, y la voz me dicta:

—De pronto aparecieron en su espíritu los celos; pero suavizados por un anhelo puro. No sospechó los inconvenientes…

Teresa es pelirroja, de ojos enfermos, manos regordetas y piernas redondas, como las de esas muñecas rellenas de aserrín que hay en los bazares.

Me pregunta (diálogo que sostuve el año pasado):

—¿Usted sería a capaz de hacer vida burguesa?

—Pero si yo soy un burgués. Me han ofrecido un empleo de quinientos pesos —contesto.

La madre, que acaba de entrar, me aconseja:

—Acéptelo. No sea zonzo. ¿Para qué va a volver a Montevideo?

El padre, que nos ha vigilado, que nos ha descubierto, sacándose los lentes de armazón dorado, también me aconseja:

—No; no se quede; vuelva a Montevideo. Así terminará de curarse completamente.

Despierto sobresaltado.

Una puerta rechina. Viejas beatas se encaminan a oír maitines.

Un vendedor de diarios anuncia:

—«El Día», «Tribuna Popular», y desaparece.

Aúlla el mar.

[Publicado por primera vez en la revista Martin Fierro (2da. ed.), N.º 35, Buenos Aires, 5 de noviembre de 1926]

# Hotel Dacia

Opinión del cuarto 25: Es terrible el problema de la estima.

Dante amaba la cruz del sur. Me parezco a Dante mirando la cruz del sur; parecido que me ha hecho perder la canción infantil Frére Jacques, del cuarto 6, marquesa Duvernois, y las campanas de la Sorbonne.

Todas la Torres, aquel señor escapado de un vitrail de Chartres, el joven que se va a las Indias, el médico muerto… Pero hay dos médicos muertos. He pasado mala noche, o la mañana es húmeda, de humedad que ensucia.

—Los patitos, los patitos, los patitos.

Repito las palabras de la señora Jeanne Lelong del 13. Se las he oído en Rambouillet.

Los hoteles de París son siniestros. Así como suena: siniestros. Pasan por ellos matrimonios, de una hora, de una semana, de un mes.

Me han robado los zapatos. Me quedaré en casa. Adán Iraola a quien no describiré nunca, me ha encomendado la venta de un cuadro de Toulouse Lautrec.

Examino mi guardarropa. Curioso guardarropa: frac de muerto, tabaquera de muerto. El público de la Comedie Française hubiera preferido verme de traje de golf, aunque sea con el del cuarto 4, señor Alain. Los francos que repartió Mergault, 18, el apetito en sí, según la alemana del 10, me obligarán a ver al señor de «El Universal», joven sanjuanino que compra artículos.

El noruego del 23 entra a mi cuarto. Extiende un mapa.

En tanto murmura despacito:

—Yo trabajo para perder mi nacionalidad. Ya la he perdido. Sólo tengo derecho a la protección de los cónsules.

—¿Por qué?

—No quiero tener nacionalidad. Amo el espíritu francés.

París baila demasiado los derechos del hombre.

Francia tiene la dulzura de Cristo, pero esta noche guillotinan a tres hombres. Ovejero, 5, que lee al Poverello, se paseará reposada y dignamente, como cuadra a su estatura, y a su bastón de malaca, por la rue de la Paix; alguna ciclista irá en dirección de Versailles, y no se le ocurrirá pensar que tres hombres verán por última vez la claridad latina.

Yo debería contar la historia del cepillo para que supieran los motivos de mi antipatía por Ovejero; pero en este preciso instante, Eduardo Lezica me ha traído barajas criollas, me cuenta los incidentes de las fiestas de a bordo, y vistas de una condesa alemana.

—En Jonville encontré la novela de Ohnet que se llama Serge Panine.

—Nuestro amigo Sergio Méndez firmaba sus artículos con ese pseudónimo —le digo a Lezica. Méndez es muy amigo de Lezica.

—¿Y tu primera noche de París? —pregunta.

—He tenido muchas primeras noches. Una de ellas fue la noche en que me echaron de «La casa de los estudiantes» por cantar vidalitas.

Ayer he subido hasta el quinto piso, examiné los botines apostados en cada puerta, y sin embargo no soy aquel zapatero que conocía el espíritu de los individuos por las deformaciones de los zapatos.

Espero que mientras escribo mi diario y referencias no minuciosas sobre los tipos que habitan el hotel «Dacia» no todos se hayan marchado.

La mujer del 15 se parece hoy a las mujeres que dan examen de canto en la Municipalidad, para tener derecho de mendigar. Tiene las medias café claro y embarradas, y la voz suficientemente lúgubre para poder explicar a los turistas el nombre de cada tumba del cementerio del Quartier. Es intérprete y hace muñecas. Habla mal todos los idiomas y sabe que la vida es dura.

Por preguntarle algo de Holanda, le digo:

—¿Los holandeses cantan?

No ha entendido ni seca; pero contesta:

—Son demasiado limpios.

—¡Uf, qué asco! Estos entierros parisinos. La gente que acompaña al muerto, bajo los paraguas —nombro la selva virgen, los ríos, las islas de mis pagos—. He visto enterrar en el Chaco…

Los domingos son iguales en todas las partes del mundo.

Las caricaturas sarcásticas de Groz darían gráficamente mis impresiones y los cabellos rojizos de la noruega y los regalos de muñecas de la intérprete a cada nuevo amante y el monito del cuarto 3, señorita Dreyfus, que hablaba de la vida primitiva, de algo potente; todo este mundo demolido por la cortesía, discutidora y absurda. ¿Qué hace la Torre de Eiffel?

—Quisiera entrar en el laberinto de su espíritu —me ha dicho la señorita Dreyfus—. Puede ser que nos entendamos.

Ha intercalado en la conversación palabras italianas. Para enternecerme me habla de una Biblia ilustrada por Fouquet.

—La podemos vender por cien mil francos, o si no buscaré un viejo que me mantenga y de tanto en tanto nos veremos para conversar de teosofía.

La señorita Dreyfus desvió mis ideas hacia la señora del ministro mejicano en Indo-China. La señora del ministro mostraba por todas partes su carita granujienta y hablaba con fervor del bolcheviquismo.

¿Hay algo más terrible que una boda de pobres en París? El éxtasis antes de Jesucristo. Habla el cuarto 24. Voy a jugar con las estrellas como con bolas de billar.

Mis sujetos no trabajan: sólo tienen nostalgia. Puede que hayan trabajado; puede que se decidan a trabajar.

Debería irme a las Indias. El cuarto 14 perdió el miedo de la muerte en las Indias.

Las quenas de una peruana, los huacos de mi amigo Laprida y las balalaycas

del restorán Knam, los cielos grises y las corbatas y pañuelos me han enloquecido de terror.

En este momento yo sabría qué hace el cuarto 24, si no me hubieran robado los zapatos.

Entonces Dakar sólo existía para mí en las estatuitas negras y en los cuadros de Matisse. Absurda comparación; pero es la única venganza que se merece la pintura, ya que es tan difícil de comprender. Diez y siete días me he paseado con el primer tomo de la Suma de Santo Tomás por todos los cabarets y lugares de diversión, por culpa del Saxofón que trajo las aldeas negras del Senegal a las ciudades de piedra, y que me hizo gustar los platos de porcelana decorados de Cristos de vientres largos, larguísimos. Por eso decía mi amigo Osvaldo, del 16, que la Edad Media era una época en broma.

Ahora veo cada tipo a través de determinado caos. A la señora del 22, señora Rabinovich, por la voz, por el sistema de molestar; a la inglesa del 8, por lo, que afirmaba los domingos a sus amigas francesas (Shakespeare es un buen autor), a Vélez, que habita el 21, en busca de la alsaciana que se la sopló el amigo griego con cara de sirio y tonada cordobesa; a Puñi, dueño de dos manzanas de casas de Leningrado y actualmente habitante del 17 y a…

En Paris, ciudad donde he comido faisán y he festejado el centenario de la enfermera Cammembert, mis tipos cambian según el barrio que frecuentan, hasta que se me familiarizan una vez que se han habituado a comer manises.

El relojero suizo, cuarto 25, no usaba reloj; pero hablaba de la geometría de lo sensible, de faroles y coches que daban vueltas hasta romper el día. Me entraban tentaciones de decirle a la señora Rabinovich:

—Yo sé que tiene usted las patas sucias, y mejor será que hablara su lengua materna. ¿Por qué cree que es distinguido hablar francés?

La señora Rabinovich berreaba tan alto que me impedía formarme un juicio de Suiza. Pero la cruz y las Florecillas del Poverello no me dejaban dar libre curso a mi indignación.

He cenado en el Grand Hotel, y me he convencido que la multitud es todo, motivo por el cual decidí el catorce de Julio, puesto que toda Francia baila los derechos del hombre, leer Esquilo.

Las manos de los Cristos de las catedrales se parecen a las ninfas. Con ellas y latas de yerba Flor de Lis, me hago la atmósfera de Buenos Aires. Todo es bello en el deseo. ¿Qué vine a buscar a Paris? El amor. No. Yo amo a mi novia salteña, casi india. ¿A Pascal? He visto la torre de Saint Jaeques donde él hizo la experiencia de la pesantez de los cuerpos. ¿Qué he venido a buscar? El Sena está siempre frío bajo los cielos grises, y en todas partes, Dios.

Ah, ¡qué admirable sería matar! El crimen. Yo conocí al señor que se llamaba Tortiello, que amaba a Darwin y hablaba de patricios. Aquella vez que guillotinaron al bandido Michel, él siguió pensando que era necesaria la guillotina.

¡La alegría que me dan las cosas!

La alemana del 10, señorita Schtainer, se ha caído del último piso. De ella tenía referencias del 26, señor Schveiberg, argentino naturalizado chileno. La alemana amaba la «aventura de la palabra» frase de Balzac, los puentes y sobre todo los símbolos puentes. El médico chileno, Barros, coleccionista de tarjetas postales, observa:

—Ha escupido la masa encefálíca.

Yo le digo al médico chileno, cuarto 27:

—Había resuelto llevarla hasta el Arco de Triunfo y hacerle conocer la tumba del «soldado desconocido».

En ese momento llegaba la noruega, del 2, vestida de baile y con hambre de tres días.

—Ha vomitado la masa encefálica —repitió el médico chileno—. ¿No ve la espuma?

La belga del 9, ciudadana de Brujas, lleva un gran ramo de flores y pasa corriendo.

Padre, Hijo y Espíritu Santo; medito en los tres portales de Notre Dame. El señor Friedman, exministro mejicano, del 14, ya no tiene miedo de la muerte. Por todo el hotel entra la Semana Santa de Sevilla; Fabiano, el gitano español, canta saetas. Bendita sea su madre.

Con la vida y las almas no se puede hacer lo que con las palabras. ¿Cómo

sacarle a la marquesa Duvernois que no piense en su marido muerto durante la guerra y a Castro, 28, sacarle la manía de su apellido y la de buscar sillones del siglo trece? A los dos les curarían las buenas costumbres cosmopolitas de una inglesa y noruega que encontré en el Wikinks, café de Mortparnasse 181.

—Tomaremos café con leche y medias lunas —me dijo Ofelia, la Ofelia gorda, que venía de dejar sus dientes de oro en la casa de préstamos.

Yo oía el bullicio del fondín de Montrouge y la voz de la patrona: Sopa, Sopa.

Ofelia, Ofelia, Ofelia, cuarto 1. Es la más vieja de los pensionistas del Hotel «Dacia».

—El violinista hondureño hace ocho horas que se empeña en tocar el concierto de Viotti. Lo ha tocado 20 veces y habita en el 20; estúpida coincidencia. Le ama la lavandera del hotel y le admira Manekatz, del 19.

—Puedo prestarle cinco francos, le dijo un día.

Ahora vuelvo a recordar la belga de Brujas ciudad mística. En la ciudad mística después de escuchar explicaciones, mejor dicho, datos sobre la catedral, puente, lago, almorcé carne de caballo, y supe que los habitantes de la ciudad mística eran profundos jugadores de football. Con razón el guardián del museo Memling, me dijo:

—Brujas no está muerta; Brujas está viva… Lo único que ha desaparecido son los cardenales que sabían ochenta y cuatro dialectos.

—Ah, la pobre belga, lo que tiene que aguantar.

—Todos mis amigos insultan a Dios y se suicidan —decía el pintor lisboeta del 7, Gautchot—. Mis amigos me reprochan que ya no soy hombre de acción.

Gautchot es el 12.

Amigos, la amistad; Vélez en busca de la alsaciana.

—Ofelia, ofelia —canto. Tengo hambre. El saxofonista negro se desternilla de risa. El saxofón se ha metido en todos los cuartos del hotel.

[Publicado por primera vez en la revista Número, N.º 2, Buenos Aires, febrero de 1930]

# Sumánovich

Por las calles húmedas se cruzaban las sombras envejecidas de los barrios Montmartre, Etoile, Latin, Passy, figurines de modistos de cuarenta a cincuenta años, grupos de viejas provincianas tocadas de negro, ojos que han visto mar, ríos, bosques, otras ciudades, muchos países, gotear del moho de una iglesucha románica, lamparillas de los dancings de Saint Cloud, megáfonos del Ejército de Salvación, pisos de la torre Eiffel, calesitas del Luna Park, rostros, idiomas, multitudes.

—Imposible… Necesario —murmuró el Irlandés.

Supuse que nos iba a leer por cuarta vez la nota de expulsión de James Joyce de la corte inglesa, quejarse de los turistas americanos y pedirnos cincuenta, diez o cinco francos.

—Empezaré hoy mi cátedra de inglés en la academia Berlitz; pagan mal, pero es necesario vivir; por ejemplo, ¿no tienen cinco francos?

Los tiempos para el Irlandés eran decididamente adversos. La catalana que protegía el triángulo de su barba rubia, manchada por la mañana de whisky, de cognac y sueño, ahora descansaba su cuerpo y sus ánimos en el cabo de Mallorca; la suiza, la médica suiza que adoraba su cabeza de Lord Tennyson, descansaba para siempre en el río Marne. ¡Ah!, para el mal de sus pecados todas las mujeres del barrio descansaban en otros países, en el más allá, o volvían a los brazos de sus padres o sus maridos.

El Irlandés traía sus ojos dorados, como las cinco mil o diez mil ventanas de las casas de los diques de la Senne, por el sol de verano.

El café Dome: la tabla de anuncios ofreciendo departamentos, piezas, cambio de lecciones, cinco o seis amigos, mujeres de todos los mapas y todos los oficios, el farsante hindú y sus signos, la declamación de un charlatán de feria; el Parnasse, su dueña rosada de tanto acompañar la nostalgia y la soledad de los extranjeros, el poker, los besos, los besos de una inglesa, y las vacaciones de las inglesas, los trajes, las boquillas y las risas; el Quaie de femmes, pequeñísimo cabaret, antigua

Universidad «El Camaleón» de Paul Valéry, Giraudoux, Morand, Stravinsky, Max Jacob, Picasso; Closery de Lila, sus mesas coloradas, la epilepsia del escultor catalán, la mujer del pintor Gvanovsky, las botas del judío Sborovosky, comprador de cuadros, damas polonesas desbocadas; el parque de Montparnasse, nos traía el Irlandés por no haber conseguido cinco o diez o cincuenta francos.

Una mujer gorda rechinó los dientes muy cerca del Irlandés, y lo arrastró con su voz de gong apolillado.

Media hora más tarde dimos con el cónsul uruguayo de Atenas y sus nostalgias de la calle Sarandí, Helene Murillo discípula de la academia de pintura Loth, y la periodista alemana que se vanagloriaba de los amores de su hija:

—Ya conoce casi todo el barrio. ¡Extraordinario!

El griego Apanasis, discípulo del escultor Bourdelle, sacó la revista de sport, dibujó varios boxeadores, y se hizo a un lado.

Luego llegó Sumánovich, el pintor servio, que odiaba a Mussolini. Saludó haciendo inclinaciones cómicas y me preguntó por Luis Martínez Oro, tenorio porteño.

—¡Ah, cómo admiraba sus cabellos de indio y sus miradas de acero!

Hizo breve silencio como para dejar pasar al tocador de balalaika del té de la calle Berry y su bata amarilla, dos frases luteranas de un actor de Nuremberg, y se echó a reír:

—Aun en París no se encuentra París.

Al oír la risa de Sumánovich, a la librera de L'Estetique le entró miedo; pensaba en la suerte de su sobrino Karl, pintor surrealista, y en la suerte de su librería y sus dos hijas: la morocha que había aprendido inglés en Norteamérica, y la rubia que gustaba del vino de Palestina; y pensó en el mozo de San Pedro, cara de indio, converso por fray Cayetano, lector del Speculum de San Buenaventura.

El cuello de Patricio de Meabe, cónsul en el Havre, la risa de Sumánovich, que se detuvo en:

—Excúseme, mi señor, y en el «tengo miedo» de mi amiga Marguerite, me obligó a pedir un Martell y a concentrarme quince minutos.

Clarise, amiga de la dueña de L'Estetique y de su hija la rubia que irritaban las beatas de la iglesia situada frente a la librería y que enternecía la cabeza romántica de un adolescente puschquiniano, y Sumánovich que habla de las montañas de Servia, de las canciones bárbaras de los montañeses. ¿A quién? A Clarise.

Clarise, Sumánovich pasan. Los he visto juntos. El que siempre habla es Sumánovich. Es claro, las montañas, el mar, las canciones, el sol, la vida primitiva.

Sumánovich, Clarise; Clarise, Sumánovich. En el Luxembourg, en L'Ambasside, en el Depart. Después…

Sumánovich. Sumánovich. En el Luxembourg; en la torre, en el Depart.

—Es muy triste, pero muy triste —lloriquea la señora de L'Estetique—, Sumánovich está loco. Dice que es inventor de automóviles, y que ha hecho un modelo original, único.

—¿Clarise?

—¿También usted ha comprendido? —me pregunta.

—No. Si ella no lo amó nunca. El pobre Sumánovich se hizo ilusiones hasta que llegó a los automóviles. Dice que ocultamos a Clarise; dice que le negamos noticias de Martínez Oro.

—¡Pensativo! ¡Qué raro! Hay que abrir los ojos —dice, y hace su mímica el modisto italiano.

—Es verdad.

—¿Comparte mi opinión?

—Claro.

—Luego, estamos de acuerdo.

Su amigo el alemán Weber descansaba de las fatigas del cuartel. Así llamaba a su curso de Geodesia.

—Señor, pienso con el tiempo hablar más rápido —me dice Weber—. Los

cafés de Berlín son grandes, más grandes que éstos… —añade.

He vuelto a oír la risa de Sumánovich, sus pasos lentos, sus continuas excusas y la historia de los montañeses.

—Iremos a bailar a Versailles —le digo a mi Marguerite que limpia su gorra de vasco.

—Vamos.

—¿En qué piensas?

—En la respuesta de mis padres. ¿No sabes que pronto me caso?

—¿Con quién?

—Con el aviador.

—¿Me quieres hacer llorar?

—No me tomes el pelo. Le he escrito diciéndole que tengo un amante, y me ha contestado que no le importa. Que quiere casarse… Me da lástima; es generoso. Y luego, una situación es una situación.

Ha pasado el ruso que me dijo:

—Ahora nadie ríe en la Santa Rusia.

La boca de cura protestante del estudiante Butler, la boca de cínico del dibujante Pigazzi, la boca del financista de as, se abren para hablar pestes de las fábricas de tallarines y de la facultad gótica de Buenos Aires.

Un león acostado, y a su vera un niño gordo, a la sombra del árbol que rinde su fruto semejante al pan, moneda antigua de Bolivia, trae a la memoria el joven estudiante de medicina Molins, y su puna de Atacama, aquella Puna cedida a Chile por Melgarejo a cambio de un pantalón de montar y el caballo Holofernes.

El araucano Barros arrastra no sé cuántas palabras y sombras de las estatuas de las Islas de Pascua.

—Gallo, ¿qué haces? Vámonos a las Indias. Preséntame a tu cabra —me

pide.

—Marguerite, aquí tienes a un auténtico indio. Bailan la cueca, y le han puesto las tripas a la miseria.

Pero la risa de Sumánovich, la carita momificada de Clarise, las calles húmedas nos han traído la medianoche, y el silencio y la nieve, y el castillo de la Conciergerie, que ruedan bajo los puentes de la Senne.

—Cuidado, señor, cuidado —me recomienda una mujer enorme que se pasea y fuma.

—Cuidado, señor, cuidado —insiste.

—¡Yo no soy Sumánovich! —le grito destempladamente.

—¡Ah!, vamos, es extranjero —exclama, y se estampa en la noche de París.

[Publicado por primera vez en la revista Número, N.º 4, Buenos Aires, abril de 1930]

# San Julián el Pobre

Por fin había dado con una calle de un solo minuto, como decimos aquí, de una sola cuadra. Era angosta y se llamaba San Julián el Pobre. A veces tenía un silencio y otras, dos o más; a veces, turistas, y a veces, solitarios. Era una calle sorda con aspectos de penitente postrada ante la iglesia de San Julián el Pobre, en cuyo interior, según me mostró un guardia republicano (Liberté, Fraternité, Egalité) aún existía un pequeño horno donde antiguamente se hacía el pan destinado a ser distribuido entre los pobres. Antiguamente…

Un pintor japonés desde la esquina de la calle angosta dibuja, pinta o intenta sorprender a Notre Dame. El olor de las papas, de los arenques, de las lechugas le había obligado a hacer una naturaleza muerta. No es tan fácil participar de Notre Dame. El que podría participar de ella es un japonés converso y monje que llevaba el otro día en su valija una colección de varios ídolos nipones que había confiscado en la casa de sus amigos japoneses convertidos por él. Había en él el «amarillo», y otras condiciones del amarillo que no podían participar de Notre Dame. Antiguamente… ¿Por qué antiguamente? El pan de los pobres.

Notre Dame. Notre Dame. A media noche, casi junto a los apóstoles de los portales, una mujer enorme me gritó:

—¿Dónde vas?

La mujer era enorme, y su voz era también enorme como para anchura del desierto.

Los mecheros de los faroles, claros y adormecidos.

—Vamos —repitió la voz de la mujer.

Tres guardias republicanos montados a caballo cruzaron el Pont Neuf.

La mujer enorme huyó. Las gárgolas de la catedral se retorcieron en mi alma. Y se me vino un recuerdo amargo: Teresa.

Mi novia era pequeña y vestía de vez en cuando de rosa. Teresa, Buenos Aires. Miré el cielo de París. No había estrellas. Había cielo y no había estrellas.

Chevique me tomó las manos, miró detenidamente sus líneas, luego echó las cartas, y leyó:

—¡Tragedia! Usted ama a una niña de familia tradicional que se opone a sus relaciones. Ella no lo quiere mucho…

Ema se paseaba de un lado a otro y cantaba: Eron, eron, petit patapon, sur le pont d'Avignon —con acento agrio y extraño que me trajo a la memoria el pueblo de mi nacimiento, y un puente, y sobre ese puente el niño que aún hay en mí, y al cual no termino nunca de volver y retornar. Ese niño que de vez en cuando asoma a mis ojos, y a quien la enfermera del Hospital de la Maternidad, de la Rue Pascal, dijo:

—Usted tiene ojos de portugués enamorado.

Justamente esta noche, a la una, tengo cita con la enfermera; y a la una menos cuarto me apuesto cerca del hospital. Empieza bruscamente a llover. De tanto en tanto, en la oscuridad se levantan resplandores que dejan ver los techos de pizarra y el patio del hospital. Suena a cada rezaba, me seguían, por la Avenida de Mayo de Buenos Aires, dos jovencitas japonesas enlutadas que llevaban atadas al cuello sendas cruces… Iban a misa.

Despierto. Abro los ojos. Examino los dos francos, y en tanto oigo que Lisandro Alvarado me dice:

—Un día me asusté; creí que había en mi familia judíos…

En el momento de esa confesión, Lisandro atravesó más de dos kilómetros en busca del puesto que ofrecía nafta por dos francos menos que en los demás puestos.

Volví a dormirme, y en el coro de San Mateo de Bach, y en un banco de l'Eglise de l'Etoile, de fondo pintado de azul y estrellas doradas, imitación al modo de Giotto; y ahora me duelen las manos, me sangran las manos.

Hace frío. Tengo la boca amarga y el alma erizada de sequedad.

El sirviente ha entrado en mi cuarto, y me observa:

—Ahorre, ahorre. No tire las migas de pan…

Avisos semejantes he mirado en los tranvías y en los subterráneos.

¡Ah! Pero es verdad, en los hornos de San Julián el Pobre ya no se hace más pan para los pobres.

[Publicado por primera vez en la revista Número, N.º 16, Buenos Aires, abril 1931. Al pie del relato, dos líneas debajo del nombre del autor, se agrega: «Ilustración de Basaldúa»]

# Ciudades, más ciudades

Estaba de nuevo en mi cuarto del albergue de San Julián el Pobre. Las campanas de la Iglesia enlazaron mis pasos mientras subía las escaleras viejas y oscuras del albergue. Ahí las ventanas, ahí el armario de libros, y me eché en la cama a meditar. La estatua del siglo XIII del San Juan Bautista policromado del Museo Cluny me miraba con ojos lúcidos. Sonaron de nuevo las campanas. Pensé en el soplo teológico que animaba a la estatua del Bautista. El mismo soplo teológico que animó en su oración al pobre desconocido y a Dante, que paseaba de un lado a otro en figura, en aquellos días por esta misma calle infectada de hollín, moho, agua, chinos, japoneses, hindúes, ejemplares de todas las razas y todos los pueblos.

Entre campanada y campanada también salió el canto de un coro de niños que duró pocos instantes. Pensé en Dios. Causa primera, causa final. La oscuridad entraba en mi carne, rodeaba mis huesos. Ah, ah, ah. Mi cuerpo y la tierra; mi cuerpo y la vida y la muerte. Pensé en los niños de la Edad Media. ¿Cómo reían, cómo cantaban? Hace pocos días he visto desfilar por el Boulevard a niños huérfanos de la guerra vestidos con delantales negros. Sus padres murieron por la República, y pensar que los hijos que dejaron no saben hacerse el signo de Dios. Ah, estos niños tan frágiles, que no gritan ni ríen, que impresionan como ángeles verdaderos, y que de pronto uno espera ver grabados en el cielo densamente gris y oírles cantar alabanzas al creador de todos los bienes.

Ciudades, más ciudades. Mañana me iré a Bruselas con González Chaves. Ciudades, más ciudades. Y ciudades muertas según la imagen de las personas dinámicas. Pero de cualquier manera tengo que huir, huir de Teresa, de mi amor por Teresa.

Ha entrado a mi habitación la alemana Renata Koch:

—Tengo mucha alegría. He encontrado a un norteamericano que me ha dado dinero para curarme y aprender inglés. En cuanto sepa inglés me iré a vivir con él… —dice la alemana.

Siento el mismo asco y malestar que aquella tarde que comí ostras en la casa

del arquitecto rubio Benderzky; la misma repugnancia de la pornografía de ese imbécil sentimental.

El arquitecto abrió las ventanas y dijo:

—A eso llaman los franceses arquitectura. Tendríamos que llevarlos a la Avenida de Mayo para que aprendieran lo que es arquitectura.

La alemana continúa narrándome sus aventuras, y luego me pregunta:

—¿Vélez anda ahora con una pintora que se emborracha?

Miro a la calle. Llueve. Pasa una mujer de cabellos rojizos. El gris oscuro de las piedras, las canciones de los parroquianos del cafetín «El abate de la espada» mueven mi nostalgia y mi muerte.

Mañana iré a Bruselas. Es preciso dormir. La alemana se ha marchado. Antes de acostarme miro la Torre Eiffel dibujada millones y millones de veces por los turistas ingleses.

Es horrible; y aquella mujer de «Los Noctámbulos» que era estudiante de latín y vendía su carne, y que me dijo:

—Tienes ojos de soñador.

—Y los tuyos, ¿cómo son? —le pregunté.

—Los míos ya conocen todo el bien y todo el mal.

La estudiante podía decir en latín: vendo sexum.

Sobre mi mesa hay un plato de porcelana con dibujos antiguos que tanto divierten al tarado que vive al lado de mi cuarto, y que siempre le pregunta a mi amiga Rambouillet:

—¿Ya se ha divorciado usted?

El amor. Ah, ah, ah. Pero no, no es el amor; pienso en la barba siniestra del pintor uruguayo Planes, los pájaros graciosos del dibujante suizo, las torres, las ventanas, las cúpulas, las calles; todo muere en mi cuerpo y mi alma. La ciudad o lo esencial de la ciudad queda deshabitado.

He visto el vuelo de los pájaros. Cae la noche, y en la noche el ramo de flores de aquel millonario colombiano ofrecido a la mujer que dibujaba con el lápiz rojo y negro el retrato de sus amantes.

A estas horas es difícil hablarle a Teresa al «Grand Hotel». Ha salido con su familia o duerme.

—¡Eh, mozo, una botella de vino blanco!

Ciudades y más ciudades. Teresa…

[Publicado por primera vez en la revista Número, N.º 21-22, Buenos Aires, octubre 1931]

# Conversación con Jacobo Fijman o el viaje hacía la realidad profunda

Nota del 2 del 9 de 1998. Producción y reportaje: Vicente Zito Lema.

—Abordemos la poesía, ese «fenómeno del estupor frente a la vida». ¿Cuál sería el elemento que la identifica? ¿Cómo se genera una vivencia poética?

—Todo se acentúa en el alma. Todo se encuentra en el alma. Entonces el poeta a partir de la materia sensible, concretará el poema, que puede ser o no una total realización. Lo fundamental aquí es relativo y tengo miedo de profundizar en estos conceptos por las locuras que despierta.

Las mayores dificultades que nos presenta la materia poética derivan de la falta del hábito de la interpretación. Es entonces que la búsqueda del rostro de la poesía y de las vivencias en que descansa ese rostro se enmascaran en un misterio que algunas, veces es beneficioso, pero que siempre daña.

—Si admitimos que la poesía lleva al conocimiento, a la par de la razón, ¿podemos reconocerle atributos de la ciencia sin que por ello pierda la naturaleza sensible que la distingue?

—La poesía es ciencia. Algunos intelectuales la consideran corrió una categoría del pensamiento inferior. Sin embargo, la fundamenta todas las ciencias. La química sin poesía se convierte en una burda y peligrosa nada, y el ejemplo se extiende a cualquier disciplina. La ciencia es de Dios, y se la cuenta como uno de los dones del Espíritu Santo: pero el Padre, el Hijo y el mismo Espíritu Santo son poetas.

—Persiste en nuestras sociedades una grave e interesada confusión sobre la necesidad de la poesía y la función social del poeta. Este, día a día, ve cuestionada la dignidad que otras culturas se le reconocía como expresión de la eterna lucha de la vida contra lo inerte. Pese a ello, los poetas siguen creando y algunos, los más decididos en asumir la conciencia de la dignidad humana, enfrentan graves riesgos. ¿Qué debe entenderse hoy por ser poeta? ¿Acaso aceptarla marginación,

desafiar la muerte?

—Conforme la etimología de la palabra poeta: hacer o el que hace, el poeta es un hacedor de la más del cada materia. Debe ser entonces integrado en la categoría de lo Divino: el poeta es un Dios.

Pero no confundamos a los poetas con los que escriben libros por vanidad o se doctoran en la carrera literaria: esos mismos que se prostituyen detrás de los premios o de las famas de cenáculos: esos pobres tontos que pretenden encerrar la poesía en un cofre, como si las palabras fueran simples joyas y no lo que son: la carnadura del alma.

Esa gente no puede ser considerada realizadores de obras, creadores como lo entendían los antiguos gramáticos por ejemplo Donatus. Se olvida muchas veces que el poema para concretarse necesita de la intuición poética y ella presupone un estado despojado y muy humano del espíritu. ¿Y dónde veremos lo humano más que en el dolor ajeno?

De todas formas ya no quiero hacer más cargos a esta sociedad. El Evangelio dice: «No juzgar». Además, ¿quién conoce a nuestra sociedad?, ¿o quién puede conocer otras manifestaciones que no sean las de su demencia y su congénita maldad?

Buscar la verdad siempre es doloroso y el que no se anime jamás será poeta. Lo he escrito estamos en el mundo, pero con los ojos en la noche.

—La verdadera poesía nos lleva como a niños de la mano hasta la reflexión; la intuición nos convoca al misterio ya partir de la emoción se amplía nuestra conciencia. Así como usted lo anunció hace años, será posible sentir «la luz entera de la mañana». ¿Sigue percibiendo la poesía de igual manera? ¿Hasta qué punto es superable la incidencia de la reclusión en el espíritu de un artista?

—Persisto en entender la poesía como un estado de ánimo antes de la reflexión… y en la reflexión mi alma crece, se hace ligera… En cuanto a lo demás, me remito a la obra poética de Aristóteles; allí continúa estando la clave. En estos momentos de crueldad en que vivimos, y que anuncian tiempos de mayor desgracia humana, deberíamos resguardar todo lo referente a la poesía como un gran secreto, un secreto de Estado. Hay que prepararse para salvar la poesía de sus enemigos.

Yo he tenido una infancia poética. Recuerdo que desde niño me llamaban «el

poeta». Mi cuerpo, muy temprano, se acostumbró a alimentarse del dolor. Por eso, vivir en el hospicio no puede cambiar ni limitar mis sentimientos sobre la poesía ni dañar mi espíritu más de lo que por destino le fue reservado. Pequeño sería el artista que se dejara ganar por el sufrimiento. Por el contrario, a partir de allí comienza el trabajo.

—Hablemos de sus libros, escritos hace casi cuarenta años y que con dificultad hemos podido rastrear en algunas bibliotecas. Usted publicó Molino rojo, Estrella de la mañana y Hecho de estampas. ¿Qué le recuerdan Cada uno de esos títulos?

—Molino rojo me recuerda la demencia, el vértigo. Yo buscaba, precisamente, un título que significara esos estados de mi alma, y reparé de pronto en un molinito viejo que tenía en la cocina. Era de color rojo para moler pimienta, y vi en ese objeto todo lo que mi poesía quería expresar.

Estrella de la mañana, en cambio, se refiere a mis estados místicos. Había sido recientemente bautizado convirtiéndome a la religión católica, y quise expresar con ese título la encarnación del Verbo.

En cuanto a Hecho de estampas, yo trataba de volver a la filosofía escolástica y, fundamentalmente, a Aristóteles. Fue en esos días cuando hice una visita al Museo de Louvre y quedé muy impresionado por los maestros clásicos, especialmente por su pintura religiosa. Más tarde, cuando contemplé en Buenos Aires unas estampas muy finas de esos cuadros religiosos, los asocié a mis poemas había una misma intención final.

—¿Cómo ubica su obra en relación al momento social en que fue escrita?

—Molino rojo aparece en tiempos en que se estaba preparando la revolución para tumbar al presidente Yrigoyen. Culturalmente, no existía nada, sólo el movimiento Martín Fierro. Era una época de pobreza atroz. Yo vivía simplemente por casualidad, Recuerdo que mi casa estaba cerca cae la del cantor Carlos Gardel, quien me quiso sobornar para que hablara bien de él, sabiendo que trabajaba en un diario, pero no lo hice porque era un gran pecador.

Una vez me balearon desde la Escuela Militar. Pienso si mi internación en el hospicio no habrá sido una medida divina para que no me mataran… Yo por entonces amaba el ruido de las balas más que la Novena Sinfonía. Molino rojo tenía un título que atrapaba a los socialistas y anarquistas, ellos reaccionan

instintivamente ante el color rojo.

—Se notaba en la ciudad un estado de demencia genera, y en Molino rojo hay una intención que empieza por la demencia. Uno de los poemas dice: «Demencia, el camino más alto y más desierto…».

—Cuando escribí Hecho de estampas estaba en París. Allí había estallado la guerra entre los monárquicos y los demás partidos. En el fondo, todos eran unos vagos y creo que por entonces en esa ciudad estaba prácticamente prohibido ser católico.

Estrella de la mañana corresponde a la época más oscura que he conocido en este país. La gente era perseguida de la manera prevista en el Apocalipsis.

—Usted integró el movimiento martinfierrista que recogió en su seno distintas concepciones del vanguardismo de la época. ¿Identifica su obra con alguna corriente poética?

—No. lo mío está afuera de cualquier escuela literaria. Nunca seguí a nadie, aunque espontáneamente me considero un surrealista. Eso sí, distinto… Los surrealistas son auténticos poetas, pero blasfeman y tienen una raíz satánica. Hablo de los franceses, claro, porque aquí los que se llaman surrealistas, salvo unos pocos, parecen nacidos para coronarse detrás de algún escritorio oficial o esconderse debajo de la mesa. Después quieren disimularlo haciendo jueguitos de palabras…

Recuerdo que en París conocí a varios de los fundadores del movimiento, aunque ya sus caras se me han borrado. Una noche nos citamos para leer poemas, estaban Breton. Desnos, Éluard… venían a ofrecerme una recepción, pero alguien o algo hizo que se apagara la luz y no pudimos darnos ni las manos.

Con Artaud también nos conocimos en un café, en la Coupole. Estuvimos a punto de pelearnos. Yo me identificaba con Dios y Artaud, con el Diablo. Sin embargo, le tengo aprecio. Un poeta tiene que estar al servicio de Dios y si no es preferible que sirva al Demonio. Lo más denigrante es tener un patrón humano.

—Siento al conversar con usted la presencia simultánea de la oscuridad y la luz. Lo mismo me pasa con sus poemas. De niño, ese par de opuestos que siguen fascinándome los encontraba en la Biblia, aunque tomando aquí las apariencias del bien y del mal, surgiendo con imágenes bellas, pero también aterradoras. ¿Puede leerse la Biblia como un texto poético?

—La Biblia es un libro de Dios y no tiene fondo. Aunque tampoco podrá negarse que el Apocalipsis es realmente un poema terrible.

Roguemos que Dios no permita que cegados por la poesía transformemos nuestras palabras en blasfemias.

—Usted no sólo escribe, también pinta. ¿Qué busca? ¿Cuál es el fin de su arte?

—Escribo para que mis actos se ordenen con Dios. Buscando la verdad y no la oscuridad. Es decir, escribo para Dios y mi perfección.

Dios, sencillamente lo aprueba. Y esto dicho en lengua baja, para que todos me entiendan.

—¿Y en cuanto a su pintura?

—Entre mi pintura y mi poesía hay una sola mano. Por ello, las mismas concepciones.

De niño me dijeron que sería un gran pintor, entonces quemé toda mi obra. Ahora, en el hospicio pinto para purificar mis sentidos, externos e interiores, únicamente así es válido pintar o escribir. Y hasta que aquellos que se dicen artistas no lo entiendan deberían dejar estas actividades, porque están mintiendo.

El arte tiene que volver a ser un acto de sinceridad.

—En sus pinturas y dibujos, cualquiera fuera el tema y como moviéndose tras una gasa, me parece descubrir siempre su rostro. Es como si no hiciera más que obstinados autorretratos. También me provocan un desconcierto ante el tiempo, como si las obras trajeran una antigüedad que nos pertenece. Estas son algunas de mis sensaciones. Me gustaría que usted hablara de las suyas y de las asociaciones que les provocan los colores, en especial el blanco, y el rojo, los que más abundan en sus trabajos.

—Sabemos que los colores centrales son el violeta y el verde, y que los periféricos son el rojo, amarillo, el anaranjado y el azul. Así se sitúan ante mis ojos.

Yo siento preferencia por el blanco y el negro. Me gustaba de joven ir vestido todo de negro y con guantes blancos. Son los dos primeros colores nombrados en el Génesis: «Separó Dios la luz de las tinieblas…». Amo el blanco.

En el palacio del castigo los reos iban vestidos de blanco… El negro es melancolía. Lo opuesto del blanco y de la dicha. Yo vestía de negro porque no tenía por quién enlutarme. En cuanto al rojo. ¡Ah!, el accidente del aire fácilmente conjuga con el fuego. El secreto es saber cuál es el elemento.

—¿Veremos siempre en el negro un símbolo de la muerte y lo maldito? ¿No dejaremos de asociarlo con nuestra melancolía y la pena?

—Dice San Agustín en la distinción que practica sobre el Génesis: «Y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo…».

Interpretaba así a los ángeles malditos, pero no siempre el negro será el rostro de la muerte y lo negado, podrá verse simplemente como color. La prueba está en las mismas Escrituras. Allí se lee: «negra soy pero hermosa». Los teólogos lo aplicaron a la Santísima Virgen, que también fue negra ¡y tan hermosa!

Además, aquel que pregunta ya sabe. ¿Para qué difundir lo que los dos conocemos?

—Hace un instante, mientras citaba a San Agustín, tuve presente una imagen que se reitera con frecuencia en su poesía: «La noche de los corderos». ¿Cuál es su significado?

—Hay tres noches. La primera corresponde a los sentidos externos; la segunda, a los sentidos internos, y la tercera noche es la del intelecto. Hay algo esencial para quien se presenta ante estas noches: la sinceridad. El pecador nunca dejará de serlo.

Yo soy un muerto, pero vivo en Cristo.

Los corderos significan la unidad divina. Cuando eran sacrificados en el Templo judío, debían tener siempre un año, para representar la unidad. ¿Quién te enseñó la física? Los egipcios. ¿Quién te enseñó la magia? Los caldeos. ¿Pero quién te enseñó el misterio de la unidad divina? El pueblo de Israel.

—Mientras hablaba de su libro Estrella de la mañana usted citó su bautismo. ¿Qué motivo la conversión de judío a católico? ¿Hay en este hecho, sin duda trascendente, una pista para mejor entender el desarrollo de sus mecanismos creativos y el giro que da en su poesía?

—¿Conocer la obra sin descender a lo más profundo del alma? Pero no se

trata de una conversión de judío a católico. Es, simplemente, la aceptación de la religión católica, apostólica y romana. Porque lo de judío no se pierde.

Esta particular conversión es una concesión de gracia. Dios, estoy seguro, ha encontrado méritos para concederme ese conocimiento y esa fe.

—Recuerdo que me contó que había sido violinista. ¿Cómo relaciona la música con su poesía?

—Especialmente en la medida. Mi poesía está totalmente medida y de una manera que la acerca a lo musical.

En Molino rojo hay gran influencia de la sonata de Corelli La locura. Esta sonata tiene dos formas de ejecución El loco y La loca, según sea hombre o mujer el ejecutante.

En Hecho de estampas hay influencia de los cantos gregorianos. Estrella de la mañana, a su vez, sigue la medición del latín clásico, que es toda música.

—Hay en su obra, especialmente en sus primeros poemas publicados, una constante referencia a la locura. Incluso la invoca como si fuera el camino para cumplir su destino, «el camino más alto y más desierto». ¿Porqué esa invocación? ¿De qué demencia se trata?

—Me refiero a la demencia en el sentido más total, absoluto. Hay formas de la demencia que obedecen a los nervios centrales y otras a los nervios periféricos. Pero también puede ser un castigo. El que va a nacer elige ser bueno o malo. Eso se da hasta con las vacas.

También es cierto que la mayoría de los demonios tienen la médula desviada. Cualquier enfermedad, aun el cáncer, es estado de locura. Los médicos tendrían que seguir a fondo las enseñanzas de Hipócrates, que curaba hasta con el fuego. ¡Y pensar que incluso hay gente que se alegra de estar loca!

La demencia debe ser vista desde un punto de referencia moral. A esa pobre gente que está en el hospicio habiendo pasado por lo más horrible habría que darle buena comida (aquí la comida es pésima), y enseñarles a sentarse en la mesa, a no robar, a no blasfemar… Hay que cambiar, fundamentalmente, la higiene. Es que el hambre, el abandono, la suciedad, las humillaciones, contribuyen al deterioro sin tregua de la criatura humana, de su cuerpo y de su alma.

Es cierto, en mi poesía invocaba la locura. Aquí se conoce la locura.

—La relación entre el arte y las crisis espirituales más profundas, esos estados que suelen calificarse de locura o demencia, continúa siendo un misterio de difícil revelación. En su criterio, ¿en qué medida la enfermedad mental puede influir en una obra artística?

—Corelli escribió su sonata La locura después de estudiar durante años esas enfermedades. Y cuando terminaba de tocar la sonata en su casa salía a la calle a conocer a la gente, viendo con tristeza que la mayoría estaban locos.

Yo he investigado el alma, también la psiquiatría. Y sé que los ciegos y sordomudos son dementes. Que los muy ricos y los que llevan uniformes son dementes y peligrosos. Y que los que visten sotanas y se llaman hijos de Cristo son los más dementes, hipócritas y demoníacos de todos.

En cuanto a mi obra, los médicos dicen que no hay en ella signos de enfermedad. Y aunque no es gente de gran entendimiento, en esto no se equivocan, ya que no hay en mi poesía nada en contra de la gramática. Pero a la vez presiento que en la poesía y en la locura hay un mismo soplo…

—¿El soplo de la inocencia?

—¡Y del espanto!

¿Qué piensa de la obra de Artaud, de Lautréamont, de Nerval?

—En Artaud la enfermedad influyó en contra de su obra. Pero él no podía alejarse de la locura, era la locura de Satán.

Si Artaud hubiera estado sano habría estudiado la escolástica, ¡hay que estudiar!

El Conde de Lautréamont era un loco perverso. Yo leí su obra y supe de su vida viviendo en el Uruguay. ¡Qué hombre pésimo! Se habla entregado a los vicios y hacía con ellos poesía. Era un monstruo. Sólo en él había locura, la del lobo que roe la frente.

Nerval en cambio era bueno. Pero se ahorcó de un farol. Le gustaban las manzanas.

Lautréamont y Artaud me angustian. Su psicología es la de los vagos Yo estaba atraído a ser como ellos, pero me salvé con la misa y los libros santos.

—Lautréamont y Artaud también sufrieron. Pareciera que en sus vidas no hubo mucho más que dolor. Y ese dolor lo convirtieron con extraña belleza, quemándose en su propia conciencia, en poesía.

—No debemos confundirnos. El sufrimiento de los viciosos no es noble, está muy alejado del de los mártires de Dios.

—Me cuesta diferenciar en el sufrimiento y distinguir quienes son los verdaderos mártires, los de Dios o los de los hombres. Pero además, ¿no cree que esa exaltación angustiosa de lo siniestro que encontramos en Artaud y más marcadamente en Lautréamont, adquiere finalmente un sentimiento místico, si aun se quiere culturalmente religioso?

—Lautréamont no tenía nada de religioso. Era un muerto, como diría un teólogo moralista.

Es cierto que no supo más que de penas, pero no pudo dar con la contrición, ese dolor perfecto ni con la trición (?), ese dolor imperfecto al que se entregan los pecadores arrepentidos para que se les restituya a la primera gracia y continuar una vida penitencial, hasta arraigarse en un estado de paz y esperar la buena muerte.

Pero él no da señales de haber tenido ninguna instrucción religiosa: aunque nombre mucho a Dios, que lo pudiera llevar a la salud espiritual.

—¿Usted no quema sus años en este hospicio por buscar su verdad absoluta, ese Dios que lo convierta en el mismo Dios? Pienso que Lautréamont no hizo en su corta vida con su obra otra cosa que mostrar su desesperada necesidad de amar. Injuriaba a Dios porque lo llamaba en el amor. Exaltaba el mal porque no soportaba la hipocresía del bien.

—Tiene pasión por Lautréamont, ¿no es así?

—Los Cantos de Maldoror marcaron desde muy temprano mi espíritu. Diría más: mi creencia de que la poesía es la posibilidad del hombre para vencer el miedo a la locura y a la muerte surgieron tras la lectura de ese libro. Voy a decirle algo que lo hará pensar. Es un secreto que he mantenido hasta hoy. Yo, a pesar de todo, quiero al conde de Lautréamont y lo voy a ayudar. Y él me conoce. Como

juez he tenido que verlo. Me pidió que no lo olvidara, que intercediera por él ante Dios, que es mi amigo.

Hace un tiempo nos encontramos en otra región. Cuando lo vi estaba como despojándose del sueño, con agua y con algas, pero no con peces. Los peces se habían ido. Se mantenía muy quieto, acostado en el mar. Yo caminaba sobre las aguas y lo llamé: «Lautréamont, Lautréamont —le dije—, soy Fijman».

Él se acercó y dijo que me quería, que seriamos muy amigos ahora en el mar, porque los dos habíamos sufrido sobre la tierra, Pero no lloramos, nos abrazamos y permanecimos una eternidad en silencio.

—¿Recuerda cómo era? Nadie pudo hablar de él con exactitud, y hasta se duda que haya vivido.

Tenía ojos celestes de gato. Alto, varios metros. La piel azul y la manos huesudas.

—Yo soñé una vez que tenía colmillos y plumas hasta los tobillos.

—Sí, fino elegante, pero con una dentadura tremenda, probablemente un vampiro. Debe estar ahora no en el Infierno sino en el Hades que es el reino de la muerte.

—¿Cuál fue el peor de sus pecados?

—La soberbia. Se negó a ser un niño. Es lo que deduzco de sus escritos, donde se hacen sentir su soledad y su desesperanza.

—Duele estar solo, mientras el corazón se apaga…

—Yo también lo estoy, aunque pienso que he encontrado a usted una buena amistad. Somos amigos, ¿no es así?

—Para mí usted es un maestro al que respeto porque se consume en su propio desierto, ¿me entiende? Y he llegado a quererlo mucho.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Sí.

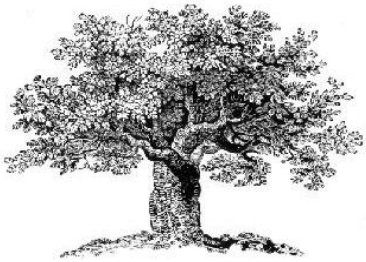
—Sé que dentro de muy poco me voy a morir. Ya soy viejo y he sufrido lo suficiente. Pero tengo miedo de lo que me espera. No de la muerte, porque ya estoy muerto en Cristo, sino de que me abran la cabeza como hacen con todos los internos… ¡No quiero presentarme ante Dios cuando resucite con el cerebro dañado y chorreando sangre! Mi vida ha sido el estudio, la poesía; quiero estar hermoso, digno… Además va a estar ella, la Virgen, la única que no se burló de mi amor ni me rechazó… ¿Se ocupará de mí cuando muera? Sáqueme a toda prisa de la morgue. No deje que me destrocen, ¿me lo promete?

—Se lo prometo…

¿Recuerda que escribió «es muy larga la noche del corazón»?

—Fue hace unos años… Nunca imaginé que duraría tanto esa noche: tampoco que serían mis días los de un poeta en el hospicio.

[Hospital Borda, noviembre de 1968]



DICHOSO EL ARBOL